

Como bálsamo en la herida

La misericordia

Ángel Moreno, de Buenafuente



Como bálsamo en la herida

La misericordia

Ángel Moreno, de Buenafuente



Índice

Introducción

Anotaciones

Las heridas del camino

La desesperanza. La dureza de corazón. La pérdida de memoria. La crisis de confianza. El sentimiento de abandono. La travesía del desierto. La tormenta. La prueba de la Cruz. Los estigmas del cuerpo. La tristeza. La soledad. Las lágrimas. El dolor. La llaga. Contemplación.

El buen samaritano

Desde el monte de la Cruz. Encuentro. El buen amigo. El buen Pastor. Contemplación. Invocación. El compañero de camino. El Traspasado. El Consolador. Contemplación.

La posada samaritana

Respuesta a la súplica. Remedio de la fragilidad. Perfección de la naturaleza. Razón para levantarse. Estancia en la posada. Identidad de peregrino. Cobijo en la inclemencia. El trato orante. Cobijo del alma. Gesto entrañable. Posada interior.

El bálsamo que cura

La gracia del límite. La escucha. Lugar amigo. Amados de Dios. El perdón. El puerto franco. Palabras de consuelo. La misericordia divina. El don de la alegría. Don de sabiduría. Don de entendimiento. Don de consejo. Don de fortaleza. Don de ciencia. Don de piedad. Don de temor de Dios. Experiencia de intimidad. Contemplación.

Ungidos

Compadecidos. Restablecidos por la unción del Espíritu. Espirituales. Agradecidos.

Créditos

*En la fiesta de la Inmaculada Concepción
tendré la alegría de abrir la Puerta Santa.*

*En esta ocasión será una
puerta de la misericordia,
a través de la cual cualquiera que entre
podrá experimentar el amor de Dios
que consuela, que perdona y ofrece esperanza.*

Francisco, MV 3

*Atravesaremos la Puerta Santa,
en la plena confianza de sabernos acompañados
por la fuerza del Señor Resucitado,
que continúa sosteniendo nuestra peregrinación.*

Francisco, MV 4

INTRODUCCIÓN

El Señor Dios me ha dado lengua de iniciado, para decir una palabra de aliento al abatido. Cada mañana me espabila el oído, para escuchar como los iniciados; el Señor Dios me ha abierto el oído (Is 50,4-6).

El conocimiento y la sabiduría de quien se siente capaz de acompañar y de aconsejar a otros en sus pruebas, no vienen por un saber especulativo, sino por haber pasado por los mismos sufrimientos.

La autoridad moral de los maestros espirituales queda acreditada si han tenido la experiencia histórica de lo que enseñan respecto al dolor, la intemperie, la fragilidad...

Jesucristo, el Maestro, no pronuncia un discurso moralista, sino que se entrega a Sí mismo para que ninguno de los que creen en Él se vea fuera de su compasión. Ha sido Él quien nos ha ofrecido a través de las parábolas del “Buen Pastor”, del “Buen Samaritano” y del “Buen Padre”, reflejo de su misión, el aceite que cura, el bálsamo que alivia, la posada que restaura, la palabra que conforta, el perdón que renueva, la misericordia que sana, el alimento que restablece. Él es el Buen Pastor, el Buen Padre, el Buen Samaritano, el Buen Amigo, Él es “el rostro de la misericordia del Padre” (Francisco, *MV* 1).

Jesús es la respuesta a todas nuestras necesidades. Él conoce nuestro sufrimiento y ha llevado en su carne nuestras heridas. Él ha sido iniciado en el dolor del corazón, y ha vivido la soledad, el desprecio, la traición, la injusticia, la calumnia, la difamación, la muerte...

Jesús, que conoce nuestra naturaleza y sabe de qué padecemos, se ofrece como remedio entrañable, amigo, sin imponerse. Se hace encontradizo, providente, como de paso, para que, un tanto avergonzados, no tengamos la sensación de que nos obliga a levantarnos. Él pasa por nuestro camino, junto a la cuneta de nuestras sendas derrotadas, por los márgenes de nuestro desprecio, y espera nuestro grito de auxilio.

Él ha pagado en la posada nuestras deudas, y se ofrece como aval de nuestras necesidades en previsión de cuanto pueda acontecernos. Y como prenda, nos regala su

Espíritu quien, de forma discreta e íntima, actúa en nuestro interior, y nos cura derramando sobre nosotros sus dones, de manera especial el perdón.

Jesús nos convertirá de heridos, en samaritanos; de escépticos, en ilusionados; de ensimismados, en servidores; de despojados, en revestidos; de frágiles, en fuertes con tal de que nos dejemos curar, poner el manto de la misericordia, que nos devuelve la dignidad de hijos de Dios.

El Papa Francisco nos invita a cruzar la puerta santa. En la bula pontificia que convoca a los fieles a lucrar el jubileo, podemos leer:

El Padre, “rico en misericordia” (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como «Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad» (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la “plenitud del tiempo” (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él, ve al Padre (Cf. Jn 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios (Francisco, *MV* 1).

Si te digo: “Déjate curar las heridas, déjate perdonar, déjate amar”, puede parecer un imperativo extraño, pues ¿quién no desea la curación? Sin embargo, hay ocasiones en que nos resistimos a reconocer nuestras dolencias, y nos encerramos en nosotros mismos. Déjate ungir con el bálsamo que cura, el aceite de la misericordia, y te convertirás en misericordioso.

Por ello explica (Santo Tomás) que, en cuanto al obrar exterior, la misericordia es la mayor de todas las virtudes: “En sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias” (Francisco, *EG* 37).

ANOTACIONES

Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva” (Lc 10,35).

Es verdad que no se puede especular con el dolor ajeno, y menos tomarlo como plataforma para un gesto vanidoso, protagonista, por utilizarlo para propia propaganda y provecho. Mas, tampoco, por no caer en el riesgo personalista, se puede pasar frente al que sufre de manera insolidaria e indiferente.

Cuando el dolor es evidente, la reacción adecuada es la compasión fraterna, el acercamiento respetuoso, el ofrecimiento desinteresado y oportuno en la medida que pueda ayudar a resolver la dolencia y aliviar la circunstancia aciaga.

Cuando oprime el sufrimiento, no se puede echar encima la sublimación espiritual; hay que abrazar al que sufre, cargar con su peso, acompañarlo y hasta arriesgarse en el ofrecimiento, ponerse al servicio de quien tiene necesidad con la capacidad de que se disponga. Después, si hay ocasión, vendrá la lectura de los hechos desde una perspectiva trascendente, y hasta cabe que se descubra en la prueba del dolor la providencia, porque gracias a la experiencia del límite y de la impotencia, se percibe la dimensión sobrenatural de la vida.

El “Buen Samaritano” asiste al necesitado por propia iniciativa, lo lleva adonde lo puedan cuidar, sin desentenderse; se marcha sin reivindicar protagonismo, y deja al malherido que tenga su proceso restaurador, sin la coacción de su presencia, para que no tenga el peso ni la obligación del agradecimiento por el beneficio recibido.

Solo cuando hay libertad la persona se recupera de manera progresiva, sin que tenga la presión de quedar bien con el benefactor. Los procesos espirituales y afectivos, si no se desarrollan con libertad, más pronto o más tarde se enquistan, y es difícil, en el momento de la crisis, discernir si el cambio de vida fue por convicción personal, y en obediencia a la llamada providente, o en atención al samaritano, al benefactor y como reacción agradecida y dependiente. Hasta quizá por miedo y respetos humanos.

La parábola del Evangelio no dice cómo acabó la historia del herido llevado a la posada, pero sí nos deja la enseñanza de cómo se debe ayudar al prójimo. Con una mirada más amplia, sorprende que Jesús deje que muera su amigo Lázaro (Jn 11); que a quien se presenta como “Buen Pastor” (Jn 10), se le pierda la oveja; y que en el ejemplo del “Buen Padre” (Lc 15), se narre que éste le entrega al hijo pequeño la parte de la herencia que le pide, cuando había riesgo de que la malgastara. No puede ser casual esta coincidencia. En ello descubro la pedagogía del Evangelio para con quienes sufren el proceso, más o menos traumático, de la emancipación de la fe y del retorno al Señor. De alguna manera todos debemos vivir la experiencia de la personalización de la fe y de la pertenencia creyente.

La enseñanza que intuyo es que solo después de haber experimentado la oscuridad, la esclavitud de los propios instintos, el enredo en todos los zarzales, la persona comprueba, gracias a la misericordia, el beneficio del retorno a casa, el privilegio del abrazo entrañable, que se convierten en la experiencia insoslayable de la que nace el deseo de pertenencia en libertad y amor al “Buen Amigo”, al “Buen Padre”, al “Buen Samaritano”, al “Buen Pastor”, con la posibilidad de que el curado se convierta en prolongador de las entrañas de misericordia.

Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre (Francisco, *MV 3*).

LAS HERIDAS DEL CAMINO

En este jubileo, la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención (Francisco, MV 15).

LA DESESPERANZA

Elías se deseó la muerte y dijo: “¡Basta ya, Señor! ¡Toma mi vida, porque no soy mejor que mis padres!”. Se acostó y se durmió bajo una retama, pero un ángel le tocó y le dijo: “Levántate y come”. Miró y vio a su cabecera una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió y bebió y se volvió a acostar. Volvió segunda vez el ángel del Señor, le tocó y le dijo: “Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti”.

(1Re 19,3-7)

No sé si sufres desesperanza. ¡Ojalá no la pruebes! Pienso que si no es la herida mayor, es la que más embarga porque, sin duda, es la que más paraliza. Siempre viene bien estar advertidos, al menos del riesgo, pues en estos tiempos es frecuente la experiencia del sinsentido, sobre todo entre los jóvenes. El papa Francisco llega a señalar:

Los jóvenes, en las estructuras habituales, no suelen encontrar respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas. A los adultos nos cuesta escucharlos con paciencia, comprender sus inquietudes o sus reclamos, y aprender a hablarles en el lenguaje que ellos comprenden (EG 105).

Es posible que sientas, por muchas razones, una ráfaga de desespero, de tristeza, por creer que tu situación no tiene remedio por la propia gravedad de la dolencia o porque es algo crónico. La experiencia del profeta Elías se convierte en profecía para saber afrontar la crisis de desesperanza, el tedio, la angustia y la actitud depresiva.

Quizá no interpreto bien tus posibles sentimientos, expresados en lo más profundo de ti mismo, y elevados en lo secreto de tu oración como gemidos. Quizá has llegado a experimentar un desconcierto terrible por sensaciones encontradas en tu propia conciencia, hasta el extremo de preguntarte:

- ¿Cómo es posible, Señor, tocar el cielo, sentir gozo en las entrañas, luz en el corazón y, al poco tiempo, probar el poso amargo del mal deseo?
- ¿Cómo es posible saber que no hay amor mayor que el tuyo, y seguir sintiendo nostalgia de las criaturas?
- ¿Cómo es posible haber alcanzado la libertad interior en relación con los bienes, llegar a tener gestos generosos, sin medida, y al poco tiempo notar el instinto posesivo, y hasta el egoísmo?
- ¿Quizá sea, Señor, el tramo del desierto que se debe recorrer contigo? E interpreto el sentido de la andadura como proceso de purificación continua, e intuyo que es el precio para alcanzar cotas más altas, sin por ello sentirse satisfecho, pues posiblemente llevas, a diario, abiertas las heridas por las torpezas consumadas.

Desde el ejemplo del profeta, una enseñanza es evidente: nos conviene aceptar el acompañamiento espiritual y acoger la ayuda que en circunstancias límite se nos ofrece, como son las mediaciones humanas y sacramentales, el agua de la regeneración purificadora y el pan confortador de la Palabra y de la Eucaristía. Sin ellos es una temeridad adentrarse en las latitudes yermas de la mitad de la vida o de otros momentos recios.

Ante la experiencia de fracaso personal o profesional y la sugerencia íntima que muestra la salida de la evasión o de la huida, la reacción adecuada es dejarse acompañar y matar los fantasmas perseguidores pronunciándolos ante quien puede acoger, sin descrédito propio, nuestras pobrezaas.

La aparente o real paradoja de sentirse llamado por Jesús a seguirlo, y al mismo tiempo percibir la infidelidad a su amistad, responde a veces a la necesidad de purificar las motivaciones del seguimiento que nunca debería ser por afán pretencioso ni egoísta, como denuncia el Maestro a los que le siguen por el pan que han comido, ni por afán de poder.

Acepta el consejo de beber agua y de tomar pan, levántate de nuevo, avanza, y llegarás al lugar don de Dios te deje sentir el paso de su brisa suave, el Espíritu Santo. Y no mires atrás. Y cabe que después te conviertas tú mismo en acompañante espiritual de muchos.

LA DUREZA DEL CORAZÓN

Desde que salieron vuestros padres de Egipto hasta hoy les envié a mis siervos, los profetas, un día y otro día; pero no me escucharon ni prestaron oído.

(Jr 7,25)

Somos, en general, olvidadizos y absolutizamos el momento presente como si fuera lo único que nos ha sucedido. Todo el mal nos viene, en cada momento, de no escuchar la voz del Señor. La causa de la infidelidad se encuentra en desviar la atención del oído del alma, y ponerla, en cambio, en los halagos del Tentador. Como reacción justificativa se reduce la sensibilidad que percibe lo que es bueno, agradable, mejor, y se convive con la mediocridad, si no es con la idolatría.

Es difícil demostrar que algo es de Dios si no modifica el comportamiento. Quien se presenta como testigo de una relación con Él debe traslucirlo en obras, como dice la maestra espiritual, santa Teresa de Jesús, en las más altas moradas:

Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras (*Moradas VII, 4, 6*).

De ahí que una actitud constante sea permanecer a la escucha de lo que nos pide Dios, y dirigirnos a Él: “Señor, escucha mi oración, que mi grito llegue hasta ti”.

El mal puede venir no solo por no oír, sino por no dejar de hablar y no escuchar, como avisa la Santa:

Mas hay personas tan amigas de hablar y de decir muchas oraciones vocales muy aprisa, como quien quiere acabar su tarea, como tienen ya por sí de decirlas cada día, que aunque –como digo– les ponga el Señor su reino en las manos, no lo admiten; sino que ellos con su rezar piensan que hacen mejor, y se divierten (*Camino de perfección 31,12*).

Resulta paradójico que nos podamos sentir abandonados, sin pautas para el camino, cuando lo que nos sucede es que permanecemos encerrados en nosotros mismos, un tanto sordos a las insinuaciones que a través de la Palabra, de los acontecimientos o en el propio interior, nos hablan del querer de Dios.

Un acompañamiento cierto es el que Dios se ha comprometido a darnos, cuando nos asegura que estará con nosotros hasta el final de los siglos, y que no tendremos que mirar a la derecha ni a la izquierda para encontrar al maestro, porque lo sentiremos a la espalda, dentro de nosotros.

La actitud adecuada es prestar oído. “No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto” (Sal 94). El salmista –y la Iglesia escoge este texto muchos días para comenzar la jornada–, expresa el deseo de lo que es más conveniente para que no nos suceda como a los que señala Jeremías: “¡Ojalá escuchéis hoy su voz!” (Sal 94).

Hay un demonio que es sordo y mudo, y que impide oír la Palabra del Señor y seguirla. Tener el oído cerrado es vivir sin relación, introvertido, ensimismado, haciendo del pequeño mundo propio el universo, idolatrando de alguna forma las pequeñas cosas que nos rodean. Se puede llegar a convertir en imagen semejante a las estatuas que tienen orejas y no oyen, boca y no hablan.

Jesús ha venido a rehabilitar al ser humano, y esta acción salvadora se manifiesta devolviendo a las personas la vista, el oído o la facultad de hablar y de moverse. Imágenes con las que la Revelación desea expresar lo que significa el encuentro con el hombre perfecto, la humanidad sacratísima, que diría santa Teresa de Jesús.

El Evangelio narra uno de los hechos emblemáticos con los que Jesús devuelve a los discapacitados, en este caso, la facultad de oír y de hablar:

Jesús estaba echando un demonio que era mudo y, apenas salió el demonio, habló el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron: “Si echa los demonios es por arte de Belcebú, el príncipe de los demonios” (Lc 11,15).

Fruto fecundo de quien se adentra en el desierto es la posibilidad de escuchar en el corazón la voz del Señor. Dice el profeta Oseas: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón”. San Ignacio de Loyola invita al silencio, a apartarse de las relaciones acostumbradas, porque así se hace más posible el encuentro con quien se desea comunicar con el Señor a través de mociones espirituales que se perciben mejor cuando se escuchan en el interior.

Las mociones consoladoras, según san Ignacio, son el indicador certero del camino que Dios quiere para cada uno. De ahí que san Benito, en su Regla, ya en el prólogo invite al monje a poner atención: “Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, y préstales el oído de tu corazón” (*Prólogo*). Es un regalo inmerecido la percepción de la voz del Señor en lo más profundo del ser, y a menudo, sin previo aviso, como le sucedió a Samuel. En esas

circunstancias, la respuesta adecuada es la del profeta: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (1Sam 3,9).

Cabe sentir muy adentro la invitación a buscar el rostro del Señor, que no es otra cosa que alcanzar la conciencia de estar bajo su mirada, en su presencia. “Oigo en mi corazón: "Buscad mi rostro". Tu rostro buscaré, no me escondas tu rostro” (Sal 26,8). Este deseo no se cumple porque se visualicen de manera física, ni siquiera imaginada, las facciones del Señor, sino porque se siente el abrazo invisible que envuelve. Como dice el salmista: “Tú me sondeas y me conoces. No ha llegado la palabra a mi boca, y ya, Señor, te la sabes toda” (Sal 138,1.4).

Una actitud acertada es la que nos refiere el salmo: “Escucha, hija, presta el oído, el Señor se ha prendado de tu belleza” (Sal 45,10). Sería lo más duro de sufrir y, por desgracia, muchas veces puede sucedernos, que Dios nos hable, y nosotros, distraídos, estemos ajenos a su voluntad, que puede llegar a ser una declaración de amor. Como se lamenta san Agustín, cuando confiesa: “Tú estabas dentro de mí y yo afuera”.

La palabra del Señor es sincera y Él no se retracta de lo que dice, aun en daño propio. Si opta por nosotros, siempre podremos contar con su amor. María, la Madre de Jesús, nos enseña cómo responder, en caso de que la voluntad divina nos sorprenda llamándonos hacia sí: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). No hay mejor respuesta.

No hay que esforzarse por sentir ni provocar la percepción sensible interna. Debemos ser cautos en el registro de las voces interiores, pues pueden ser efecto del deseo. Una prueba de autenticidad que nos indican los maestros espirituales es si nuestra conducta queda afectada, y si nuestra vida responde a lo que sabemos por la Revelación que agrada a Dios.

Qué diferente es caminar sin sentido de hacerlo por obedecer lo que indica la voz suave en el propio interior, el camino que seguir:

Oyó una voz en lo interior que le dijo: “Cree y espera, que Yo soy el que todo lo puede; tú tendrás salud; porque el que tuvo poder para que de tantas enfermedades, todas mortales de suyo, y les mandó que no hiciesen su efecto, más fácil le será quitarlas” (*Fundaciones 22,23*).

LA PÉRDIDA DE MEMORIA

Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado.

(Dt 6,4-7)

Si cabe la experiencia de desesperanza, del endurecimiento del corazón y la sensación de desvalimiento por creerse solos en la travesía de la vida, en parte es por haber perdido la memoria de lo que Dios ha hecho con nosotros a lo largo de la vida.

La palabra de Dios invita a los creyentes a hacer memoria de la Historia de Salvación, de las veces que el Señor ha bendecido a su pueblo a lo largo de los siglos. Así lo hizo Israel, así lo hace la Iglesia.

Desde la dolencia que padeció el pueblo escogido, permíteme que te aconseje: no te encierres en lo adverso, ni agigantes las sombras. Haz, tú también, memoria de los hitos sagrados, bendecidos, de tu historia personal, de todo aquello que recuerdes o que te hayan dicho que te sucedió de niño y que sea razón de alabanza al Señor porque ha sido bueno contigo.

Recuerda que un día concreto fuiste motivo de alegría para tu familia, cuando viniste al mundo. Quizá tus padres ya tenían pensado el nombre con el que te llamarían. Dios te conocía desde antes de nacer y es Él quien te ha llamado a la vida. Tu fiesta de cumpleaños debe ser un día de acción de gracias porque existes en razón de que Dios te quiere.

No sé si has averiguado el día de tu bautismo. El papa Francisco nos invita a recordar esta fecha importante. Para un cristiano es el día en que se nace en la familia de los hijos de Dios y se entra a participar de la comunión de los santos y de la oración de la Iglesia.

Una fecha que suele recordarse es el día de la primera comunión. Aquel día es importante no solo por la fiesta y los regalos que te hicieron, sino por la posible vivencia íntima que tuviste de saberte habitado por Jesucristo, de saber que Él es tu amigo. El recuerdo de esta celebración hace bien, porque te sitúa en uno de los momentos más limpios de tu vida.

Suelen decir los pedagogos que entre los cuatro y los doce años transcurre una de las etapas más receptivas de la vida y que en ella hasta se llega a manifestar cierta madurez, lo que se llama infancia adulta. Es posible que recuerdes alguna vivencia especial, bien en relación con Dios, bien porque recibiste algún impacto que te despertó los sentimientos más nobles. Quizá fue a esta edad cuando percibiste los primeros signos de tu vocación.

¿Recuerdas de los años jóvenes algún impulso de entrega generosa? ¿Quizá fue el tiempo en el que sentiste el desbordamiento afectivo, no sin dolor, pero que te produjo madurez y hasta el reconocimiento de tu llamada esencial?

¿Podrías señalar algún hecho, circunstancia, acontecimiento, persona, texto, libro, que hayan marcado tu vida y que reconoces como determinantes en la opción y la decisión que te definen?

Un amigo, compartiendo los hitos de su historia, me describió en qué forma percibió y experimentó el amor de Dios. Se dio cuenta de que cuando al recordar las palabras de la Biblia: “No temas, yo estoy contigo”, le brotaba interiormente un sentimiento de paz, de confianza y sosiego, y se le olvidaba la angustia que le producía traer a su mente el futuro; este fue el germen de su vocación sacerdotal.

¿Qué palabra del Evangelio se ha convertido en tu metro cuadrado, en tu tierra firme, en tu referente estable? Recuerda que todo lo que es de Dios da paz, y todo lo que Dios te pida va acompañado de su fuerza y de su gracia, y de su compromiso de ir contigo.

Aunque por diversas circunstancias te hayas equivocado en la vida, si sabes pararte y escuchar dentro de ti las insinuaciones del Espíritu que pueden tener correspondencia con circunstancias externas no manipuladas, siempre cabe reiniciar el camino.

Si te vienen a la memoria no solo los hitos bendecidos sino también las opciones erradas y te das cuenta de los pasos perdidos, recuerda que Dios tiene poder para perdonar y ha dado a la Iglesia el regalo de ofrecer constantemente la misericordia a quienes la piden con humildad.

No te condenes injustamente por creerte sin referencias entrañables y amigas. Hoy puedes fijar este día como hito histórico en tu camino espiritual, porque has sentido dentro de ti, o en circunstancias providentes, el paso del Señor.

LA CRISIS DE CONFIANZA

Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro.

(Rm 8,38-39)

Muchas veces, cuando se ha trabajado con responsabilidad y las cosas aparentemente no suceden como uno ha proyectado o deseado, cabe la crisis de la desconfianza en lo que se hace o en cómo se lleva a cabo. Mas, después, transcurrido el tiempo, se descubre la bendición que supuso aquella contrariedad, porque ayudó al propio conocimiento. San Pablo dice de sí mismo: “Siempre tenemos confianza, aunque sabemos que, mientras sea el cuerpo nuestro domicilio, estamos desterrados lejos del Señor” (2Co 5,6).

En esas circunstancias, en las que parece que todo sale mal y la tentación es el desánimo, también cabe la opción de dejar que actúe la Providencia. No hay mayor descanso que aquel que se experimenta cuando se vive en desasimio y libertad de corazón, abandonados en las manos de Dios. ¡Cómo decir la serenidad que se siente al no desear otra cosa que el querer de Dios! Santa Teresa llega a pedir: “No me castigéis en darme lo que yo quiero o deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre), no lo desearé” (*Exclamaciones del alma a Dios* XVII,3).

Cuando nos afanamos excesivamente en conseguir nuestros proyectos, quizá se nos podrá reconocer el esfuerzo y la firme voluntad de alcanzar aquello que nos parece que merece la pena, pero deberíamos mantener en nuestra memoria la recomendación de Gamaliel a las autoridades judías:

No os metáis con esos hombres; soltadlos. Si su idea y su actividad son cosa de hombres, se dispersarán; pero, si es cosa de Dios, no lograréis dispersarlos, y os expondríais a luchar contra Dios (Hch 5,34-42).

No es fatalismo ni abandono de las tareas por un providencialismo pasivo. Es trabajar en aquello que se debe o en lo que se cree que es bueno, pero leyendo los hechos con una clave trascendente y no solo como éxito o fracaso personal. Un principio de sabiduría es “trabajar como si todo dependiera de ti, sabiendo que todo depende de Dios”.

Cuando se trabaja con perspectiva teologal, nada es casual ni indiferente, y todo se interpreta desde una dimensión superior que se registra en el corazón. Así, aun cuando no se entiendan los hechos, surge una adhesión confiada, con la certeza de no vivir abandonados ni siquiera a nuestra voluntad.

Si se camina con los ojos abiertos, llenos de la luz del Resucitado, se descubre que Aquel que parece el jardinero resulta que es el Señor, y Aquel que creemos que es un caminante anónimo es la presencia compañera de Jesús.

No digo que todo sea maravilloso sino que todo adquiere sentido y toma un significado superior que libera de quedar atrapado en las consecuencias inmediatas. ¡Cuánto sufrimiento se evitaría si estuviéramos desprendidos del resultado de nuestro trabajo cuando hemos hecho lo que creíamos mejor!

Puedo asegurar que la Providencia de Dios llega a convertir lo más aciago en motivo de bendición. En este sentido, siempre me viene a la mente el comportamiento de los hermanos de José que, según cuenta la Biblia, llegaron a tanta violencia con su hermano pequeño, y después éste se convirtió en despensa y granero para saciar el hambre de toda su familia.

Atrévete a confiar, a abandonarte en las manos de Dios, sin pactar con el “qué más da”, y habrás encontrado una forma de vivir más serena, y hasta eficaz, porque ya no sufrirás la merma de la angustia, de la desazón o del deseo insatisfecho.

Y es tal nuestra confianza, que preferimos desterrarnos del cuerpo y vivir junto al Señor. Por lo cual, en destierro o en patria, nos esforzamos en agradarle (2Cor 5,8).

No creas que te hablo de memoria. A lo largo de mi andadura he experimentado que es mejor que suceda lo que Dios quiere que aquello que uno ha deseado y en lo que ha puesto todo su empeño. Es muy bueno saber leer los acontecimientos en clave teologal, pues a través de los hechos también se descubre hasta qué extremo caminamos abiertos a la Providencia u obstinados en nuestros deseos. San Pablo llega a gloriarse de su debilidad:

Por eso vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2Co 12,9-10).

EL SENTIMIENTO DE ABANDONO

Los que en ti confían no quedan defraudados (Dn 3,40-43).

El Señor es mi roca, mi baluarte (Sal 17,3).

Dios mío, que no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres.

(Mt 26,39)

Es posible que se sienta el abismo bajo los pies y se sufra vértigo ante algunas hipótesis que trae la mente como futuro negativo. Los que confían en el Señor son como árboles plantados junto a la corriente, que no pierden el verdor aun en tiempo de sequía (cf. Ez 47,12). Sorprende que la oración más intensa de Jesús acontezca en el Huerto de los Olivos, árboles de hoja perenne, símbolo de quien confía.

Si confías en el Señor gustarás la perfecta alegría, según san Francisco de Asís, la que cabe experimentar en el momento de mayor contrariedad, porque vives la ocasión de saber que el gozo se funda en Dios y no en el favor recibido.

Los que confían en el Señor son como el monte Sión, no tiemblan (Sal 124) ni temen el futuro, saben que en todo los acompañará la mano providente. Jesús pronuncia sin arredrarse su oración en Getsemaní ante el monte Sión, frente al monte del Templo, dirigiéndose a su Padre: “Que no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres”.

La paz interior, y hasta el descanso del alma y la serenidad de la mente, conviven dentro de los que confían en el Señor, porque cuando los asaltan las posibles especulaciones saben trascenderlas y se fían de Dios.

Una vez que has realizado tu tarea del mejor modo, no andes pendiente de su efecto inmediato. Deja que Dios infunda el incremento a tu esfuerzo y dé el fruto fecundo sin que tú reivindiques la autoría. Si haces todo lo que está en tus manos, aunque no veas los resultados, si te fías de Dios, quien tiene su momento y su hora para actuar, te sucederá como canta el salmo: “Espera en el Señor, sé valiente, espera en el Señor, que volverás a alabarlo” (Sal 26).

No te invito a un proyecto ilusorio, frívolo, inconsciente, para esquivar la adversidad o el despojo; cuando esto sucede, siempre duele. Pero si se sabe reaccionar con fe, cabe mantenerse en actitud esperanzada.

Basta mirar la realidad con sinceridad para ver que hay un gran deterioro de nuestra casa común. La esperanza nos invita a reconocer que siempre hay una salida, que siempre podemos reorientar el

rumbo, que siempre podemos hacer algo para resolver los problemas (Francisco, *LS* 61).

Los que confían en el Señor, además de apoyarse en recursos técnicos, económicos, sociales, logísticos y humanos, están sostenidos en toda circunstancia por la fe y no se sienten solos frente al abismo. Y, aunque no están libres de accidentes en el camino, tienen más posibilidades de evitarlos porque no andan desasosegados ni nerviosos.

En general, cuando te encuentras con un muro infranqueable o con una puerta cerrada, cuando experimentas la oscuridad de la noche o te sacude alguna noticia fatal, puedes reaccionar con el silencio o con el grito de auxilio; en todo caso, si sabes que hay Otro a quien no le pasa desapercibido tu sufrimiento, en el límite de la prueba, sientes fuerza a pesar de la debilidad.

Los que confían en el Señor no lo hacen por incautos o irrealistas, como si no pisaran tierra. Guardan memoria y saben, por experiencia, que en otros momentos fuertes y dolorosos han contado con la asistencia del Señor y con la providencia de circunstancias bondadosas, como alivio en la fatiga. Conocen el secreto para vivir cada día con intensidad, sin quedar secuestrados en el ayer ni hipotecados por lo acontecido, y sin evadirse ante un futuro que imaginan. Viven el presente de manera comprometida.

LA TRAVESÍA DEL DESIERTO

Vuestros hijos serán nómadas cuarenta años en el desierto, cargando con vuestra infidelidad

(Nm 14,33).

Ante la perspectiva de tener que recorrer el camino de la vida y hacer la andadura del desierto hacia la Pascua definitiva, al recordar el trecho recorrido, se instalan en mi interior algunas preguntas, un tanto dolorosas, que convierto en motivo de oración y que comparto contigo.

No es falta de fe preguntar al Señor cuando no se comprenden los acontecimientos. María, su madre, desconcertada por el comportamiento de su hijo cuando a los doce años se quedó en Jerusalén sin haber avisado, le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho

esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando” (Lc 2, 48). Desde las palabras de María a su hijo, me atrevo yo también a preguntar:

- ¿Por qué, Señor, si he vivido los momentos de mayor paz y anchura interior cuando he estado junto a ti en la oración, me aparto tantas veces de tu presencia?
- ¿Por qué, Señor, si he sentido que un instante de gozo junto a ti da más felicidad que mil gustos efímeros, sigo, sin embargo, mendigando lo pasajero?
- ¿Por qué, Señor, si el buen hacer me deja el sabor de la alegría, de la paz, del gozo interior, y los gestos generosos me permiten saborear la verdad de tu Palabra, de recibir siempre cien veces más de lo que doy, se imponen en mí, sin embargo, los movimientos egoístas?
- ¿Por qué, Señor, si sé lo que dan de sí las cosas y sé lo que se siente junto a ti, que con mucho es más y mejor, sigo apegándome a los bienes?
- ¿Por qué, Señor, si me has dejado percibir tu amistad en los ratos de estancia orante contigo, me justifico con mil tareas para excusarme de tener un tiempo de oración largo y sereno?
- ¿Tendré que vivir siempre este dualismo?
- Tú lo sabes todo, pero ¿qué es más en mí, mi opción por ti, o mi egocentrismo?
- Cuando consciente, libre y voluntariamente hago el bien que Tú me inspiras y al poco tiempo perezco ante el halago de los instintos, ¿quedará todo lo bueno destruido, sin valor alguno?
- ¿Por qué, Señor, no obtengo, de una vez por todas, mi estabilidad interior y por qué no es definitivamente inquebrantable mi opción por ti?
- ¿Por qué se esconde en mí la sugerencia de la salida evasiva, de la distracción inútil, hasta de la infidelidad a tu amor?
- Como ves, Señor, no terminaría de hacerte preguntas, como un niño. Respóndeme siempre con tu misericordia y con el abrazo entrañable. Tú sabes bien que me siento frágil, pequeño, débil y necesitado de tu amor. Déjame cobijarme en el regazo de tu amistad.
- Cruzo mejor el desierto si en la estepa hay una sombra, un oasis, un ángel que sale providente a mi paso. Al menos, Señor, socorre con tu aliento mi desánimo, que la brisa pueda al huracán y sepa distinguir dónde me aguardas aunque tenga que pasar la áspera experiencia del despojo.

LA TORMENTA

*Se levantó un fuerte huracán, y las olas rompían contra la barca...
Él estaba a popa, dormido sobre un almohadón. Lo despertaron,
diciéndole: “Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?”.*

(Mc 4,37-40)

Los que estudian los comportamientos humanos suelen ofrecer estadísticas curiosas en las que se señalan incidencias de violencia, tristeza, hasta depresión, como efecto del tiempo vacacional y de algunos momentos de la vida. No obstante la posible tormenta, cabe que el Señor hable en la misma tormenta, como lo hizo con Job: “El Señor habló a Job desde la tormenta” (Jb 38,1).

¡Cuántas veces un momento recio desahoga la tensión y libera la mente de fantasmas! Además, el relato de la Sagrada Escritura no termina en el fragor del trueno o del huracán, sino que pasada la fenomenología atmosférica, señala que acontece la experiencia de sosiego y de calma, efecto del poder del Señor.

Si observamos otros pasajes bíblicos, el relato parece que obedece a un canon. Así se describe la travesía del Mar Rojo, cuando los israelitas llegaron al borde del mar; al atardecer, vieron venir sobre ellos los ejércitos de Faraón, creyeron morir y, gracias a la intervención divina se abrieron las aguas, pasaron a pie enjuto y al amanecer se vieron a salvo en la otra orilla.

Si la tormenta puede ser símbolo de crisis, también se puede contemplar como manifestación del poder del Creador, y ver en el rayo, en el trueno, en el relámpago y en el chaparrón la fuerza divina. El salmista canta:

Contemplaron las obras de Dios,
sus maravillas en el océano.
Él habló y levantó un viento tormentoso,
que alzaba las olas a lo alto (Sal 106).

Más allá de una interpretación referida a efectos atmosféricos, el relato bíblico se puede aplicar a los acontecimientos humanos, a los procesos personales, que tantas veces atraviesan por situaciones dramáticas en las que se cree que no hay remedio o que acontecerá lo peor, y después todo se resuelve felizmente.

Una actitud creyente es saber esperar, y aunque surja de nosotros el grito de auxilio, sabernos acompañados por la Providencia divina, que permite que lleguemos al límite de nuestras fuerzas para que se vea más claramente su intervención, y que no es nuestra pericia la que resuelve la tormenta, sino el favor del Señor.

El Papa Francisco ofrece el alivio de la misericordia, como apoyo para atravesar las tormentas de la vida, que se experimentan en el proceso de maduración personal:

Sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día (EG 44).

LA PRUEBA DE LA CRUZ

Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo, un crucificado para el mundo.

(Gal 6, 14)

Si ante la percepción de las contrariedades me surgen muchas preguntas, ante la Cruz me quedo mudo muchas veces, como también me sucede ante los que sufren, hasta el extremo de dirigirme así al Crucificado:

No comprendo, Señor, tu Cruz, y la mía me duele demasiado para entretenerme en lucubraciones acerca de ella. Pero ante ti crucificado, no puedo entregarme a discursos mentales y decido adorarte, rindo mi pensamiento, agradecido y sin sentir humillación.

Ante tu Cruz, como ante la cruz de quienes sufren de muchas maneras, no sirve la evasión ni la ideología sobre el mal o sobre la posible injusticia que lo provoca. Me envuelve el silencio, me sobrecoge el dolor, hasta siento que me paraliza un tanto escandalizado, porque vivo con recursos abundantes, lejos de quienes no tienen más que la enfermedad, la pobreza y la marginación.

Tú me enseñas a compadecer más que a escandalizarme de mí mismo o a justificarme en mi suerte.

Señor Jesucristo, el arte te ha representado de muchas formas crucificado, queriendo expresar lo inabarcable de tu amor. Hay quienes te imaginan y presentan con la belleza de un cuerpo perfecto, coronado como rey; otros, en cambio, te muestran deshecho, maltratado, sangrante. Es muy difícil plasmar cuanto quieres decirnos con el signo más elocuente del amor, que es dar la vida.

Prefiero, dentro de la admiración que me produce toda iconografía de tu cuerpo entregado y la contemplación de las formas estéticas, atravesar la puerta de tu costado e introducirme en lo más hondo del misterio, que no sé describir pero que sé que es tu amor el que me abraza y responde a toda mi necesidad de relación.

Jesucristo, sé que no vale mirarte a ti, por dramática que sea la representación, y esquivar la mirada ante los que sufren. La contemplación de tu Cruz me ayuda a la hora de seguirte con la mía y de prestar mis manos para socorrer a otros que llevan el peso de la suya.

Tienes razón al decir que quien desee ser discípulo tuyo tome su cruz y te siga. He comprendido que Tú acompañas a cada uno, que no vamos solos por el camino del seguimiento, que Tú nos precedes, haces de guía y nos estimulas al mostrarnos la posibilidad de avanzar por el sendero de la entrega.

Tú nos acompañas con la cruz a cuestas y nos invitas a ir detrás de ti sin refugiarnos en nuestro dolor, ni evadirnos de ayudar en lo posible a quienes soportan una carga mayor sobre sus hombros.

He comprendido que tanto ante la Cruz como ante ti clavado en ella, solo es posible detenerse de manera positiva si se mantiene una relación íntima contigo. Ante tu cuerpo desnudo en la Cruz no sirve la estética sino solo el silencio, la adoración y el sobrecogimiento.

Solo en la intimidad cabe besarte, amarte sin pudor y sentir en tu entrega el mejor gesto, la palabra cumplida, la ternura que no domina.

¡Cómo acompaña en la intimidad saberme en tu Cruz y comprender que por ella has hecho de la mía título de amor y profecía de bendición!

LOS ESTIGMAS DEL CUERPO

El Señor sana los corazones afligidos y venda sus heridas.

(Sal 147,3)

Venid, volvamos al Señor, pues él ha desgarrado y él nos curará, él ha herido y él nos vendará.

(Os 6, 1)

No sé si acierto al intuir que son muchas las heridas que les quedan a los que han vivido experiencias violentas durante su infancia o adolescencia por maltrato o por haber sido iniciados en el conocimiento de su corporeidad de manera brusca e impropia.

Este tiempo, un tanto prosaico, necesita la luz transfiguradora que da a la materia su significado trascendente y permite tratar nuestro propio cuerpo como realidad sagrada, mediación en las relaciones humanas para una convivencia digna con los otros y con nosotros mismos por sabernos templos del Espíritu. Tengo para mí que lo que hago a los demás se lo hago al mismo Cristo, según el Evangelio, pero también, según me relacione conmigo mismo, así también trato a Cristo.

Quizá la cultura actual esté desviada de una visión trascendente del cuerpo y nos someta a una proyección posesiva y cosificada, por lo que muchos, víctimas de diferentes abusos, quedan heridos en lo más profundo del ser, con estigmas imborrables, con el dolor a flor de piel ante cualquier insinuación que les pueda avivar el mal recuerdo. Llevan dentro el miedo, el resentimiento, la sospecha de que les puedan volver a hacer daño, y todo lo filtran desde la mala experiencia, y se sienten perseguidos por sí mismos.

Desde una ideología de género, en la que se extrapola la biología de una visión trascendente del sujeto porque se piensa que el hombre es hacedor de sí mismo, se allana el respeto sagrado al cuerpo y se cosifica. San Juan Pablo II afirmaba que

El cuerpo tiene su significado "esponsalicio" porque el hombre-persona es una criatura que Dios ha querido por sí misma y que, al mismo tiempo, no puede encontrar su plenitud si no es mediante el don de sí (*Audiencia*, 16 de enero 1980).

En la perspectiva del Evangelio, el cuerpo desnudo puede simbolizar la mayor pobreza, pero también cabe verlo en un sentido profético de resurrección, de novedad de vida, de renacimiento. Así consideran algunos expertos bíblicos el texto de Marcos: “Un joven le seguía cubierto solo de un lienzo; y le detienen. Pero él, dejando el lienzo, se escapó desnudo” (Mc 14,51-52).

En este personaje misterioso del evangelio de Marcos y más allá de las preguntas que despierta (¿Por qué aparece ahí? ¿Qué tipo de seguidor representa? ¿Qué significa ese lienzo de lino que le arrebatan? ¿Está anticipando al otro joven que aparecerá después en el sepulcro?...), nos es posible contemplar una metáfora del propio Jesús que, despojado de todo, atraviesa desnudo y libre su Pasión (Dolores Aleixandre).

En este contexto, se comprende mejor el discurso de Pablo:

Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste, si es que nos encontramos vestidos, y no desnudos. ¡Sí!, los que estamos en esta tienda gemimos abrumados. No es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2Co 5,1 4).

El buen samaritano trata con el mayor respeto al herido, lo unge con amor y le posibilita la rehabilitación en la posada de la misericordia sin pedirle la identidad. Siempre es un referente para la relación con los demás el gesto magnánimo que propone Jesús en la parábola.

LA TRISTEZA

Comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: “Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo”.

(Mt 26,37-38)

La tristeza del Señor en la noche del abandono de los suyos tiene una causa objetiva. Al contemplar su reacción somática y espiritual ante el mal y la violencia, su rechazo biológico ante el sufrimiento y la oscuridad de la mentira, sentimos a Jesús más cerca de nuestra humanidad, en la que se nos revela la semejanza con el “nacido de mujer”.

Pero la tristeza no tiene siempre una causa externa tan clara, por la que se justifica el sentimiento que corroe el interior, ni es siempre demostrable la razón de las lágrimas.

Hay veces que entra como una leve sombra que se posa lentamente sobre el alma y, una vez que le permites detenerse, la invade y te hace creer que todo está oscuro, sin que puedas saber la causa.

Como la humedad que se infiltra en los huesos y que, junto con el frío, poco a poco los hiere y los deja rígidos, sin flexibilidad ni movimiento; como la melancolía, en un principio inofensiva y pasajera, que cuando le das espacio, se instala en la conciencia y rige toda la relación afectiva; semejante a un pensamiento al que le permites entrar y, al cruzar la puerta de la mente, de manera imperceptible, expulsa toda otra noticia, agigantándose hasta el extremo de hacerse obsesivo y de ocupar todo el espacio interior, así sucede cuando se sufre la tentación de la tristeza y se cae en ella. Da como fruto la desconfianza, el encerramiento, la desgana, la apatía, el desánimo...

Aún duele más si se piensa que la tristeza de no poder poner en claro su causa es una señal de alarma, por la que se averigua –o cabe sospecharlo al menos– que uno se está alejando del bien y hasta de la voluntad del Señor.

En el caso de Jesús, Él resiste a la tentación, la ataja de manera radical rompiendo con el pensamiento introvertido, dejando entrar la vida y el aliento hasta que inunden el ser y expulsen todo rastro de melancolía, como lo demuestra con su oración: “No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres”. El Señor combatió la prueba de la tristeza entregándose en manos de su Padre.

Desde la donación total, se quiebra la perturbación que produce la soledad. No hay mejor defensa contra la melancolía que salir de sí en atención a otro. Y resuena la consigna: “No dejéis lugar al diablo” (Ef 4,27). “No os canséis de hacer el bien” (2Tes 3,13).

Todo puede comenzar como por una leve brisa, un vano pensamiento, una palabra vacía, que acaban desatando una situación desestabilizadora. Mas, igualmente, todo puede cambiar y convertirse, si no en una experiencia de gozo desbordante, sí en una percepción de fuerza, de presencia amiga, de gracia. Experiencia de sabiduría en la que han madurado los hombres y mujeres del desierto.

El Maestro nos enseña a estar atentos, a no dejar la invocación “¡Padre!”, a escuchar y a acoger la palabra con la que se accede al conocimiento de uno mismo, a la sabiduría, don del Espíritu de Dios, que concede la paz y el gozo.

En estas circunstancias, la enseñanza de Jesús nos recuerda lo provechoso que es orar sin cesar y vigilar para no caer en la tentación. Nos indica varios instrumentos para

combatir la crisis: salir de sí, orar y mantenerse en vigilia, con lo que todo esto significa.

Jesús ha probado nuestra contingencia, ha querido gustar el sabor amargo de la tristeza para que no nos hiriéramos aún más con los sentimientos introvertidos y para que podamos, como Él, superar el trance en el que cabe instalarse de manera aparentemente justificada, pero siempre dañina. “En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Jn 16,20).

LA SOLEDAD

Prepárate para subir mañana temprano al monte Sináí; allí, en la cumbre del monte, te presentarás a mí. Que nadie suba contigo, ni aparezca nadie en todo el monte.

(Ex 34,2-3)

Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo.

(Jn 6,15)

¿Quién no conoce los sentimientos del corazón humano en los momentos en los que sufre la intemperie de la soledad no deseada?

Creo que no me invento la desazón interna cuando, por distintos motivos, no tienes junto a ti a la persona a la que amas. Sorprendentemente, aunque estés rodeado de gente, nadie te acompaña, todos se quedan lejos de lo que siente tu corazón, que sufre el desgarramiento íntimo, a veces inconfesable, y muy doloroso.

Una de las experiencias más sangrantes sucede cuando percibes de pronto, o quizá poco a poco, la distancia de aquel a quien tienes por amigo. En esos momentos se precipita un cúmulo de sensaciones; algunas de ellas te llevan a vivirlas como injusticia, infidelidad, traición, o por lo menos, insensibilidad. Llegas a creer que es injusto el comportamiento de los que creíste amigos a los que tanto quieres y necesitas. En estos

momentos se bebe a sorbos la gran soledad que no se llega a comprender y que parece inexplicable.

Cuando la vida conduce a experiencias límite, en las que se palpa la contingencia, la debilidad y la fragilidad, aunque se tenga a personas amigas al lado, se siente que no llegan a acompañar y se vive el riesgo del abismo bajo los pies y la tentación terrible de la desesperación. Se llega a sufrir la soledad existencial más dolorosa, la de uno mismo.

Aunque es algo que marca la naturaleza, cuando faltan seres muy queridos y se van perdiendo referencias entrañables, se sufre su ausencia. Además, a poca perspectiva que uno tenga, se anticipa el viaje personal definitivo, y cabe que se sufra el dolor del propio despojo al que se debe uno disponer, aunque no sin dolor.

Sí, hay soledad amarga, desestabilizadora, hasta injusta, y sin embargo, no podemos estar hechos para tanto sufrimiento. Cuando se encienden las alarmas hay que acudir a la zona de riesgo. Y ante los sensores del corazón que se despiertan cuando se sufre la soledad, cabe preguntarse: ¿por qué tanto dolor, hasta el límite incluso de la desesperanza?

Es posible que sea necesario un aprendizaje y que la propia naturaleza, a medida que se avanza en edad, nos sirva las lecciones existenciales por las que maduramos como personas.

Mas si un niño llora cuando se siente solo; si un adolescente se vuelve rebelde al verse incomprendido; si los jóvenes prueban el escozor del amor imposible; si en la familia penetra el zarpazo de la violencia, de la ruptura y hasta de la infidelidad; si los consagrados sienten la demanda de su naturaleza y los ancianos quedan en silencio en la memoria de los que ya se han ido, me resisto a creer que sea solo como proceso de maduración biológica o afectiva. Algo más tiene que indicar la alarma de la herida que se sufre por soledad.

Sin querer simplificar la intocable fenomenología del corazón, acudo a las Sagradas Escrituras en las que encuentro también el relato de escenas dolorosas por abandono, desprecio, marginación, traición y soledad. Adán fue creado solo y no creo que fuera por inadvertencia del Creador; Jacob, a solas y de noche, llegó a entablar un combate con Dios y descubrió cuerpo a cuerpo la fuerza divina; Moisés fue invitado a subir él solo al monte, y al bajar, su rostro resplandecía; Elías, atravesada la tentación de desesperar, cuando estaba solo en el Horeb, escuchó la brisa del paso de Dios; Jesús se retiraba con frecuencia a lugares solitarios para hablar con su Padre.

Hay, además, muchos testimonios de santos y de sabios sobre el beneficio de la soledad. San Agustín llega a afirmar que el corazón no se aquietará hasta que descanse en Dios. Santa Teresa de Jesús nos invita a tratar a solas con Dios solo, en soledad del todo. Ella habla de soledad “harto sabrosa”. San Ignacio de Loyola recomienda salir de la propia casa y del entorno conocido para a solas iniciar el proceso de conversión. San Juan de la Cruz nos invita a la soledad anchurosa.

Aunque nadie nos lo diga, todos sabemos el límite que tiene la relación humana, que aun siendo necesaria y regalo sagrado, se experimenta, según hemos dicho, como fuente de soledad.

Es momento de abrirse a otra relación que acontece en el propio interior y que es posible mantener permanentemente. Una relación entrañable, fiel, amorosa, que llega a responder al deseo más profundo de saberse querido y acompañado, y que sana la herida del corazón. Es momento de abrirnos a la relación con Dios, que nos ha prometido: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”.

Y entonces se comprende mejor la bendición que augura Jesús a quienes se compadecen de los que se sienten solos.

No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento; si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo, si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (cfr Mt 25,31-45), igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad (Francisco, *MV* 15).

LAS LÁGRIMAS

“Mujer, ¿por qué lloras?”. Ella le respondió: “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”

(Jn 20, 13-15).

Siempre me extraña el relato de Pascua, según el Evangelio de San Juan, donde por tres veces aparece el verbo llorar en la escena más íntima en la que se describe el

encuentro del Maestro con María Magdalena. No parece apropiado preguntar por las lágrimas en día de fiesta, y sin embargo, a la mujer, por dos veces, le hacen la misma pregunta en la mañana de Pascua.

Que el calendario fije fechas festivas no lleva necesariamente a sentirse alegre. A pesar de que sea un día señalado, se puede seguir con la misma ansiedad, dificultades, preocupaciones, que en algunos casos arrancan las lágrimas por dolor físico, y sobre todo, por razón afectiva. Se da incluso la coincidencia de que los días más solemnes pueden ser los días más tristes por el recuerdo de quienes ya no están.

María Magdalena lloraba porque había perdido a la persona que amaba. La mujer lloraba por la ausencia terrible que sentía su corazón, motivo que la llevó a rastrear el huerto de Arimatea, incluso a salir a hora intempestiva para preguntar a desconocidos.

Las lágrimas, cuando embargan el corazón por un sentimiento doloroso, atenazan por dentro y es muy difícil sustraerse de la polaridad angustiada que provoca la pérdida de la relación esencial.

Nos podemos hacer las mismas preguntas que le hicieron a la mujer: ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?

Descubrimos que van unidos tristeza y sentimiento de ausencia; ello da pistas para el discernimiento. Es diferente si la tristeza la causa la pérdida de un bien que si el motivo es el distanciamiento de una persona; si el dolor que se instala en nosotros es por un afecto natural o por motivos espirituales; si nuestra ansiedad la provoca una relación humana o la ausencia de Dios.

El pasaje ofrece una lección magistral sobre la dimensión afectiva y nos lleva a la pregunta esencial de la vida. Cabe que nuestro dolor sea por causa noble y, como Jesús, lloremos por la pérdida de un ser querido, pero cabe que nuestro sufrimiento esté marcado por desorientación y pérdida de horizonte y estemos, como la mujer, sin reconocer a quien nos da la respuesta que buscamos, andando ciegos, ensimismados en nuestro dolor.

La búsqueda es una actitud necesaria y permanente, y en el proceso puede haber hallazgos que adelantan la proximidad del rostro deseado, pero también cabe desatinar y dar vueltas como trompos sin encontrar respuesta. Es importante salir de nosotros mismos, superar el propio ámbito como campo de búsqueda.

Tengo para mí que en el transcurso de la vida, el proceso de buscar tiene que pasar por el dolor de la ausencia y hasta por circunstancias límite, para que el encuentro marque el hito fundante de la existencia y atraiga los pies en la dirección acertada de modo permanente.

Solo cuando se ha sufrido y se ha llorado la ausencia, el hallazgo se interpreta como gracia y surge la respuesta de la fidelidad amorosa.

¿A quién buscas? ¿Por qué lloras? María Magdalena responde sin titubear: “Busco a mi Señor.” Y tú, ¿por qué lloras?

EL DOLOR

Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción. Y a ti misma, una espada te atravesará el alma”.

(Lc 2,34-35)

El dolor del hombre es lo más sagrado que existe en el mundo. No se puede manipular. Ante él hay que postrarse con sobrecogimiento, descalzos, y prestar las manos, llenas de amor, dejando que la esperanza y la fe sean los ángeles del camino que transfiguren esta realidad, a veces tan oscura, en rostro de luz.

El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno (Francisco, *EG* 193).

Normalmente, cuando uno sufre una merma física, una necesidad económica o social, una prueba moral, cuando uno tiene una experiencia dolorosa, de conflicto, se siente como atrapado en esas circunstancias y en general no se ve ninguna belleza ni imagen que represente, en esas encrucijadas, la armonía y el amor de Dios.

Aunque cuando uno padece una prueba, se le justifica una posible reacción negativa o nerviosa; cuando se participa del dolor por merma de alguna capacidad, accidente o enfermedad si, al contemplar la entrega total del Hijo de Dios, la propia vida y la realidad, se miran y se asumen en clave de fe, manteniendo la serenidad, el gesto

generoso, la visión trascendente del amor de Dios, se entra en lo más hondo de su misterio, en la manera de vivir que tuvo Jesús, y así se revelan ante los demás destellos de la gloria de Dios.

Si una persona, humanamente hablando, tiene todos los motivos para desesperanzarse, entristecerse, hundirse, evadirse o rebelarse, y no obstante en esas circunstancias es capaz de exclamar “bendito sea Dios”, nos ofrece de manera tangible la experiencia del Sinaí y de la Transfiguración. Ante ella la reacción más adecuada es, como en el caso de Moisés, descalzarse o, como hicieron los discípulos amigos de Jesús en el monte alto, postrarse rostro en tierra. Ante hechos semejantes, se descubre que no es la carne ni la sangre las que son capaces de reaccionar así frente al dolor, sino que es posible transformar lo más duro y amargo, lo que representa la materia, lo que puede entenderse como realidad vulgar en una transparencia del Misterio divino, por la gracia y la fuerza del Espíritu.

No afirmo que sea fácil o difícil asumir el dolor y la prueba de manera trascendente y positiva. Tal capacidad humana se manifiesta desde la relación teologal, la percepción del amor de Dios, desde la gracia, en el ejercicio de la caridad. No es bueno juzgar; se puede tener más o menos buena voluntad, puede parecer que es menos virtuoso quien se lamenta de su suerte por incapacidad psíquica o falta de resistencia física, mientras que a los ojos del que ve el corazón está siendo una respuesta adecuada. Jesús, en la parábola del rico Epulón, pone en labios de Abraham la sentencia que le valió al pobre Lázaro la gloria:

Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado (Lc 16,25).

La virtud de quien en la prueba o en el dolor tiene expresiones de amargura o tristeza y hasta algo endurecidas, queda en el secreto del que ve el corazón; solo afirmo que, a la luz del icono del amor de Dios, del icono más bello que tenemos los cristianos, el Crucificado –y no es masoquismo ni dolorismo–, puedo transfigurar la propia suerte, y donde hay oscuridad ver luz; donde muerte, vida; donde pobreza, riqueza...

Tener la mirada fija en el rostro de Jesucristo, representación de la donación completa de Dios en favor nuestro, nos da la capacidad no solo de admirar la belleza, la estética y el arte, sino de realizar con nuestra existencia, por gracia, la ofrenda amorosa de seguir a Jesús y de hacerlo con gratitud y reconocimiento, que significa, imaginativamente hablando, reproducir la imagen de la Encarnación y de la Pasión del Señor en nuestra propia vida.

Al contemplar hasta dónde me ama Dios, es posible la reacción de imitar su entrega. La fuente de toda la belleza es el amor. El amor es el generador de todos los gestos nobles, de los detalles amables, de las dimensiones proporcionadas, que llamamos belleza o armonía. La forma de amar de Dios ha dado como resultado la entrega total de su Hijo, nacido en Belén, muerto en la cruz y resucitado. Quienes siguen el ejemplo del Crucificado, no por herirse a sí mismos sino por aceptar las pruebas o participar voluntariamente en las que sufren los demás, hacen presente y prolongan la belleza del amor.

¿Será posible descubrir bondad en tanta guerra? ¿En tanta soledad, tristeza, dolor, trabajo, necesidad, pobreza, monotonía como a veces nos sirve la historia?

Como nos ocurre ante la contemplación estética de una imagen, cabe que nos asalte la misma duda ante la interpretación de la vida desde la óptica trascendente y amorosa y, sin embargo, esta manera de comprender la historia significa el mayor realismo por ser la manifestación de la mayor realidad, la que muestra o anticipa el amor de Dios. Hay quienes se atreven a admirar el tapiz por el envés, por el lado de los nudos, para mostrar que la belleza se sostiene por la urdimbre y la trama ocultas que sujetan los hilos.

Cada uno puede sopesar su vida, su trabajo, su sufrimiento y sus esperanzas y, según sean, así convendrá más o menos en la apreciación o rechazo de la belleza definidora de su existencia. Yo puedo convertir mi existencia y lo que me rodea en un icono, en una manifestación espiritual de belleza y armonía si presto a mi historia y a lo que me rodea la calidad de lo amoroso, de lo verdadero, de lo bueno. Porque el icono es verdad. Si sufro en verdad, con amor, si padezco con bondad, estoy convirtiendo mi vida en una ventana del amor de Dios, una ventana de la realidad sorprendente. Ante ella, cuando la percibo en el otro, no tengo otra posibilidad que descalzarme porque toco el misterio, misterio que es posible palpar.

La naturaleza no reacciona de esta manera. Reaccionar según la intervención voluntaria de Jesucristo es una respuesta posible desde la fe y desde la acogida de la gracia. Cuando en una coyuntura en la que la carne y la sangre dictan una reacción de tristeza, de protesta, de rechazo, si reacciono con fe, estoy posibilitando, desde la libertad amorosa, que el Espíritu tome mi carne, que el Espíritu tome mi historia y que, como hizo en María, convierta mi realidad en el icono de su amor, del amor de Dios en mí y a través de mí, en mi entorno, por participación, y todo se convierta en rayo de luz.

LA LLAGA

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”.

(Jn 20, 24-25)

El testimonio del discípulo escéptico nos ofrece la posibilidad de comprender nuestro estado de ánimo en momentos en los que parece que todo se oscurece y hasta llegar a comprender que la herida se convierte en credencial de vida.

En la prueba, en la oscuridad, en tiempo de inclemencia o de despojo, cuando se rompe el corazón y se piensa que nada ni nadie acompaña, la reacción natural es el escepticismo, el desengaño, la duda de todo y de todos. Nada ni nadie es creíble, el dolor es tan grande que ofusca la mirada y hace que toda visión sea oscura.

No solo se trata de una prueba física; lo que más duele es la herida del corazón, la que se abre por desengaño, infidelidad, pérdida de la persona amada, rompimiento de la relación amiga, muerte de los seres queridos. También cuando asalta la duda de la fe, la tentación de incredulidad.

El apóstol Tomás, con su crisis, representa de forma muy real la experiencia dolorosa, cuando se pierde lo que más se ama y se duda de lo más sagrado. A la vez, el texto nos enseña que la luz, el consuelo y la fuerza se reciben en las mismas heridas. El Apóstol nos muestra la mejor reacción, confesar en toda circunstancia: “Señor mío y Dios mío”.

Un amigo me ha hecho comprender, desde su experiencia de dolor superado, una expresión evangélica. Ante la dolencia de la ceguera: “¿Quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?”, Jesús respondió: “Ni él ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios” (Jn 9,2-3). Y en otro lugar, al acercarse a Betania, ante la muerte de su amigo Lázaro, exclama: “Esta enfermedad no es de muerte, es para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Jn 11,4).

A partir de estos textos, ¿te atreverás a descubrir que en tus heridas están tus mayores posibilidades de experimentar el poder de Dios? Quizá tienes que llegar al límite, para que ahí, cuando ya no puedas más, comprendas lo que sucede por la gracia. Tus heridas,

providencialmente, pueden ser tus mejores testigos de la misericordia de Dios, y el crédito para poder curar a otros.

Mientras en el mundo, especialmente en algunos países, reaparecen diversas formas de guerras y enfrentamientos, los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos “mutuamente a llevar las cargas” (Ga 6,2). (Francisco, *EG 67*).

CONTEMPLACIÓN

Ocho días después, estaban otra vez los discípulos y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: “La paz con vosotros”. Luego dice a Tomás: “Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente”. Tomás le contestó: “Señor mío y Dios mío”

(Jn 20,26-28).

Confieso, Señor, como Tomás, que no te veo, y que como él quisiera palparte con mis manos. A la vez, me sonrojo por perder la ocasión de creer en tu Palabra a pesar de mi obstinada resistencia, aun sin verte.

Me sorprende una vez más pensar que Tú escuchaste la queja del amigo, y a la semana, sin mediar palabra, lo invitaste a constatar, según su deseo, que tus palmas estaban traspasadas y tu costado abierto, y no para vergüenza del discípulo, sino para que yo tuviera la certeza de tu luz en mis heridas.

Es difícil comprender que las señales del mayor dolor puedan convertirse en los testigos luminosos que confirman tu paso por mi vida. Y sin embargo, comienzo a sospechar que donde más cerca te tengo siempre es en mis llagas, aunque tantas veces no te vea.

La experiencia de luz ya no consiste en que vengas de nuevo a mostrar tus manos y costado y yo pueda introducir mis dedos en los agujeros de la lanza y de los clavos, sino que por ellos, averigüe, no sin temblor, que los títulos más nobles de mi vida son los que más me asemejen a ti en la Cruz.

Mi herida es llamada a ser testigo. Mi llaga es invitada a transformarse de estigma, en puerta por la que entrar al conocimiento más profundo del amor, no solo para soportar o sobrellevar lo que más me duele, sino para convertirme en testigo compañero de quienes caminan sin luz en su noche ciega.

No se puede jugar con el dolor humano ni sublimarlo con palabras vanas. Solo por tu gesto compasivo con Tomás descubro la extraña paradoja que encierra compadecer contigo, aun sin saberlo, pues allí donde toque el dolor más de cerca, allí me esperas, sea en mi carne o en la de quien se cruza en mi camino.

Ahora sé que, si me atrevo a mirar mis llagas a través de ti, se iluminan, y si por ti acudo solidario a poner mis manos en las heridas de los que sufren, me dejas gozar el sabor de la Pascua.

¡Cómo consuela que te den la mano en el momento aciago! ¡Y cómo se goza el privilegio de sentir el corazón colmado de alegría cuando se tiene ocasión de apoyar, discreto, el dolor del otro!

Ya no te pido, Señor, que me enseñes los testigos de tu Cruz; por el contrario, déjame reconocer en los míos la huella de los tuyos, y déjame poner mis manos compasivas en quienes se cruzan en mi vida, doloridos. Sé Tú, Señor, quien aproveche el encuentro mediador para que los que sufren sientan que su prueba se transforma, al menos, en siembra de alegría.

EL BUEN SAMARITANO

Pablo VI, en la conclusión del Concilio, se expresaba de esta manera: “Queremos notar cómo la religión de nuestro Concilio ha sido principalmente la caridad... La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio” (Francisco, MV 4).

Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia (Mt 5,7).

DESDE EL MONTE DE LA CRUZ

Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo. Y el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él

(Jn 8, 28-29).

En la cruz, cuando Cristo sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina, pudo ver a sus pies la consoladora presencia de la Madre y del amigo. En ese crucial instante, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encargado, Jesús le dijo a María: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego le dijo al amigo amado: “Ahí tienes a tu madre”

(Jn 19,26-27).

Jesús nos dejaba a su madre como madre nuestra. Solo después de hacer esto Jesús pudo sentir que “todo está cumplido” (Jn 19,28)

(Francisco, EG 285).

Desde el Misterio Pascual se comprende todo lo que habían anunciado los profetas, y a la luz de la resurrección de Jesucristo toman sentido todas las imágenes y figuras del Antiguo Testamento.

En su diálogo, Jesús adelanta a Nicodemo una clave interpretativa de toda la Historia de Salvación, cuando le asegura:

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna (Jn 3,15).

Encontramos la respuesta a las preguntas que surgen en el momento de la prueba, bien sea propia, bien ante el sufrimiento de los demás, en el diálogo de Jesús con Nicodemo, quien en medio de la noche, va a visitar al Maestro, deseoso de encontrar la verdad.

El jardín del Paraíso encuentra resonancia paralela en el jardín de Arimatea, y si en el primero Dios creó al primer Adán, en la mañana de Pascua aparece el nuevo Adán llamando a María Magdalena “mujer”, como llamó Adán a Eva.

El árbol del Paraíso del que pendía el fruto atractivo es el árbol de la Cruz del que pende la salvación del mundo, y si en un árbol fuimos vencidos, en un árbol se nos da la victoria. La rama de cedro plantada en el monte más alto de Israel que se hace árbol frondoso en el que se cobijan las aves del bosque, según la profecía de Ezequiel, es imagen de la Cruz.

El manantial que nace en el corazón del Paraíso y que se derrama por los cuatro lados, es figura del costado de Jesucristo, del que mana sangre y agua y riega toda la tierra de salvación. El golpe que Moisés da a la roca de la que brota el manantial es figura de la lanzada en el costado de Cristo, del que brota el río de la gracia sacramental.

El desierto adonde fueron expulsados los primeros padres por desobediencia es el desierto de la cuarentena, donde Jesús venció al Tentador y al no apartarse del querer de Dios, convirtió, por su obediencia, el desierto en huerto y el huerto, en jardín.

El cordero enredado en la zarza que sirvió para que Abraham no sacrificara a su hijo amado, Isaac, era figura del Cordero de Dios, el Hijo amado, por el que hemos sido rescatados todos los hijos de los hombres.

El maná que alimentó durante cuarenta años a los israelitas por el desierto era figura del Pan de Vida que Jesucristo nos entrega en la noche santa, por el que se nos ofrece pertenecer al nuevo pueblo de Dios, alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Si descubrimos una correspondencia tan exacta entre el Antiguo Testamento y Jesucristo, en quien Dios realiza el plan de salvación, del mismo modo se cumplirán en nosotros las palabras del Evangelio, y quien dé fe a lo que nos ha prometido Jesús, vivirá anticipadamente la alegría de la Pascua definitiva.

Si el pez de Tobías tiene correspondencia con el pez asado del lago de Galilea; si la figura de Jonás en el vientre del cetáceo era un anticipo del tiempo de Jesús en el sepulcro; si la roca golpeada por Moisés tiene en el costado abierto del Señor el paralelismo más exacto, ¿te atreverás a ver en tu vida la vida de Cristo? ¿Te atreverás a comprenderte a la luz de las Escrituras?

Jesús ha dicho que quien crea sus palabras heredará la vida eterna. Desde la cima del monte de la Cruz se divisa la bendición definitiva: “El que pierda la vida por mí, la ganará”. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no da fruto”.

ENCUENTRO

El espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar el año de gracia del Señor.

(Is 61,1-2)

Al hacer memoria, debemos considerar las mediaciones favorables con las que hemos contado a lo largo de los días y que se convierten en verdaderas manos samaritanas. ¿Quién no tiene la experiencia de haber sido ayudado en algún momento de apuro?

Si nos podemos poner en la persona del herido de la cuneta, también cabe que nos abramos al paso del buen samaritano por nuestra vida, y reconozcamos las veces que hemos sido beneficiarios del aceite que cura y del vino que consuela.

CONTEMPLACIÓN

Samaritano, me recoges del margen del camino, sin preguntarme por qué me encuentro en la orilla de la vida. Me has dejado andar a mi albedrío, expuesto al asalto y a la quiebra, hasta que he llegado a tocar el límite del suelo, postrado sobre lo poco que me queda de esperanza. Y ahora me abrazas sin reproches, cuando me ves desangrado por mis torpezas en la andadura.

No me preguntas si la causa de mi estado es sincera, si han sido los otros los culpables o fui yo, que me expuse a la inclemencia. Y vuelves a encontrarme golpeado, sin haberme curado las heridas del anterior asalto de mí mismo.

¿Tendré, al fin, fuerza suficiente para quedar sereno en tu presencia, sin nostalgias de vidas pasajeras, gozoso de saberme en tu regazo, en la posada, sentado a la mesa de tu pan caliente?

Me duele la conciencia olvidadiza, que oscila entre el despojo y el abrazo; entre el abismo y la mano tendida, como si la vida fuera un círculo vicioso de caer y levantarse, sin remedio.

No te digo que me sobra tu gesto magnánimo, pues de no haber pasado Tú a mi lado, dudo que tuviera fuerzas para erguirme y comenzar de nuevo la etapa siguiente hacia la meta.

No sé si Tú me reconoces, tan desfigurado por tanta herida como estoy, pero yo sí sé que eres el mismo, Samaritano, eres aquel que casualmente pasa siempre en la hora más difícil, y me recoge, a pesar de mis reiterados pasos por sendas tortuosas.

Y me dejas conducir, sin violencia, sin poner barreras que lo impidan, pues reconozco que no tengo otro remedio que dejarme, una vez más, curar en la posada gratuita.

¿Por qué no te cansas de pagar mi estancia? ¿Por qué dejas a cuenta de mi haber tu donación espléndida, sin saber si la voy a malversar?

Y tu silencio y paso generoso, sin facturas, me enseña un modo diferente de hacer el bien, sin mirar beneficiario, pues cada uno somos para ti el único maltrecho. Que, al menos, grave en mi memoria por dónde se sale del enredo, y me deje conducir, siempre, por el abrazo magnánimo de tu misericordia.

No creas que es fácil dejarse curar, de nuevas, si me viste caído otras mil veces. Pero sé que es la trampa que me asalta, envuelta en pensamientos aparentemente nobles, de quedarme hundido, por no merecer tu gesto.

Pasa, pasa siempre por mi camino, Samaritano, y no te importe que sufra mi amor propio herido, hasta que me convenza de que no hay mayor amor que el primero, el tuyo, que me reengendra redimido.

EL BUEN AMIGO

Aquel mismo día iban dos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. Y sucedió que, mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero, aunque le veían, algo les impedía reconocerle

(Lc 24,13-16).

Si el pasaje de Emaús refleja de manera tan viva lo que acontece, tantas veces, en el camino espiritual, y cómo se agradece la mano tendida de alguien que acompañe, cada uno nos podemos convertir en compañero de camino, en samaritano que posibilite a otros el alivio, al menos, del desahogo. Deseo salir a tu paso, pues quizá vas en dirección a Emaús, camino oscuro; o hacia el lugar donde aún guardabas las antiguas redes, como refugio ante la pena que te embarga o como alivio de la angustia porque no has sentido el paso del Señor resucitado a pesar de ser la Pascua.

He tomado consejo de la maestra del alma, Teresa de Jesús, y llevo en mi bolsillo, metida en la herramienta que hoy usamos tanto, la imagen de Cristo, que me muestra las palmas de sus manos, aunque llagadas, como saludo de paz, sin evasión del drama de la vida. Dice la santa de Ávila que es bueno para los tiempos recios avivar el amor trayendo ante los ojos el semblante de Aquel a quien queremos bien. No solo llevarlo en la cartera, para nunca mirarlo, sino que es bueno cruzarse con sus ojos y sentir que te mira. Y la misma maestra espiritual aconseja para tiempos de inclemencia “hacernos espaldas” unos con otros.

Te confieso que está siendo algo providente este consejo práctico de la monja andariega y me despierto sorprendido, como si tuviera cerca al Señor, aun sin verlo, que espera paciente y sereno, un gesto de amor y que lo siga. Y da un vuelco el corazón por ser tan cierto que es así aunque no lo veamos. Que Él sale a nuestro paso y nos aguarda hasta que superamos la torpeza y la ceguera. Yo espero a que me diga algo, y también le hablo, y así comienza la jornada, ¡tan distinta!, sabiendo que me acompaña Jesucristo vivo que me enseña, por gesto solidario, las heridas.

No te cuento estas cosas por invento. Quizá tú no necesites tener ante los ojos el rostro de luz de Jesucristo porque lo sientes dentro. Si es así, seguro que en eso me adelantas. Pero por si acaso te sucede que entras en la duda por no percibir el paso del Señor que te acompaña, te recomiendo lo que nos enseña la monja castellana: que no hay puerta mejor para gustar después el trato con Aquel que nos ama y nos habita, que entrar por lo visible, pues somos de momento solo humanos.

Te deseo vivamente que encuentres el medio a tu alcance para saberte acompañar del mejor modo, con la verdad más cierta, la de que Jesucristo nos quiere y espera a que lo reconozcamos vivo. Cabe que sea en el compañero, en quien convive junto a ti, cabe que sea en el Sacramento, o que te produzca atracción la imagen que veneras, o aquella que llevas en estampa más adentro.

Deseo que experimentes el paso del Señor. Todo será distinto, como les ocurrió a los suyos que caminaban hacia la noche y se volvieron llenos de luz a sus amigos.

EL BUEN PASTOR

Ahí viene el Señor Dios con poder, y su brazo manda. Ved que su salario le acompaña, y su paga le precede. Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas

(Is 40,10-11).

Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas.

(Jn 10,11)

Se nos ha concedido conocer a quien ha vencido a la muerte y nos ha rescatado de un futuro incierto. Jesucristo es nuestro Salvador. “No se nos ha dado otro nombre que pueda salvarnos” (Hch 4,12).

Jesús fue a la muerte para rescatarnos del abismo. Su Pasión no fue un accidente, sino la consumación de un proyecto divino. “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!” (1Jn 3,1). Hemos obtenido esta filiación por gracia, en razón de la entrega total de Jesús. Por Él y en Él nos sabemos y somos hijos de Dios.

Él mismo, para mostrarnos la misión que había recibido de su Padre, personalizará la promesa entrañable de ser el buen Pastor de Israel, conforme al corazón de Dios. El Pastor que cuida de las madres y lleva en brazos a los corderillos. El Pastor que nos lleva a verdes praderas y repara nuestras fuerzas, según canta el salmista. El Pastor que lleva sobre sus hombros a la oveja herida.

Con la contundencia de quien tiene certeza de su identidad, Jesús se presenta: “Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas” (Jn 10,11). Siempre me impresiona la consideración que explica la imagen extraña del pastor que abandona noventa y nueve ovejas por ir en busca de la perdida. No es por irresponsabilidad profesional del pastor que abandona el rebaño, sino para decir que cada uno merece toda la atención de quien se presenta como cuidador y vigía de su camino.

Quizá, en una cultura industrial y urbana, no resuene la imagen del pastor con tanta fuerza como en el mundo rural y en los tiempos de Jesús. Hay quienes afirman que Él tomó como autorretrato esta imagen. Cabe, no obstante, enriquecerla con expresiones entrañables: “Como un padre siente ternura por sus hijos, así tiene el Señor ternura por sus fieles”. Podrá una madre olvidarse del hijo que lleva en sus entrañas, cosa difícil; “pues aunque ella pudiera olvidarse, yo no te olvido”, dice el Señor.

Los textos evangélicos nos traen a la memoria la ternura y la delicadeza que tuvo Jesús hacia los suyos, cuando fue presentándose a cada uno en su lenguaje y contexto. A María Magdalena, en el huerto; a los dos de Emaús, en el camino; a Pedro y a sus compañeros pescadores, a la orilla del mar; a los once, en el cenáculo...

Tenemos una promesa de Dios: que no nos faltarán pastores según su corazón. Jesús es el Buen Pastor, pero llama a muchos para que prolonguen su misión en nuestro mundo. Roguemos al dueño de la mies que envíe obreros a su mies, pastores buenos a su pueblo. Y roguemos por quienes sienten la llamada a dar su vida por los demás, para

que no se arredren. Además, aquel que pierde su vida por Jesús y en servicio a los otros, la gana.

CONTEMPLACIÓN

Señor, si en mi vida siento soledad y me parece que todos se quedan a distancia, eso me ayuda a dar fe a tu acompañamiento: “Dios por su cuenta os da una señal, el Emmanuel”.

Señor, si atravieso los caminos en aparente anonimato, dar fe a que Tú vienes conmigo, consuela: “Yo estaré con vosotros todos los días”.

Señor, si en el ir y venir por los senderos tengo algún accidente, sé que no me quedaré en la cuneta desvalido, pues doy fe a que Tú, Buen Pastor, te darás cuenta de mi ausencia.

Señor, si en lo más profundo de mi conciencia se instala la insatisfacción porque no termino de cumplir el deseo de ser enteramente tuyo, si doy fe a tu Palabra que me invita a la confianza, tendré fuerzas para comenzar de nuevo.

Señor, si los demás tienen una idea equivocada de mí, y esta diferencia me deja el sabor amargo de no saber si es por mi posible encubrimiento engañoso, si doy fe al salmo 138, vuelve la serenidad: “Tú me sondeas y me conoces”.

Señor, si paso de la emoción más sublime a la experiencia más oscura, si doy fe a que Tú eres la Luz, siempre me ayudará para reencontrar el camino.

Señor, si desconfío de mi sinceridad para contigo y hasta de mi posible comportamiento pretencioso por fiarme de mí, si recuerdo la experiencia del apóstol Pablo –“sé de quién me he fiado”– , me será posible volver a vivir en transparencia.

INVOCACIÓN

Pastor bueno, atento y silencioso, orante y contemplativo, concedor del tiempo y de los caminos, hecho al calor del verano y a los fríos invernales, a las estepas nevadas y a las noches estrelladas, que acompañas la trashumancia del pueblo y lo conduces hacia la tierra de la promesa.

Pastor bueno, fuerte y vigilante, que oteas el horizonte y salvas a quien se queda solo, aislado, expuesto al ataque de las fieras, de todos los enemigos, y cargas sobre tus hombros con la criatura. Tú conoces por el nombre a cada ser humano y llamas a cada uno a una vocación particular de manera personal y distinta.

Pastor bueno, no permitas que me aparte de tu mirada, ni que me distancie tanto que pierda la posibilidad de escuchar tu silbo amoroso, compasivo y entrañable. Que si por mi torpeza, debilidad o ensimismamiento me entretengo emancipado de ti, al menos la luz de tu rostro y la resonancia de tu voz me posibiliten siempre volver hacia ti.

Señor, es difícil en nuestra cultura urbana comprender la ternura que significa tu declaración, en la que te presentas como el pastor amigo, no a la manera del asalariado, que se conforma con cumplir su contrato, sino como el que conoce y ama a sus ovejas y a cada una la llama por su nombre, sin compararla con las demás, porque para ti cada una es única.

Lo que más me llama la atención de tus palabras es la afirmación de que conoces a tus ovejas hasta el extremo de dar tu vida por ellas. Casi siempre interpreto que debo seguirte con empeño para conquistar tu amor, con esfuerzo por alcanzar la cumbre, y cuando logro alguna meta me siento bien, pero cuando me rompo en el esfuerzo, siento humillación y tristeza. Hasta creo que lo más sincero es permanecer alejado si no soy fiel.

Pero eres Tú quien acorta el camino porque me conoces y me quieres. Tú eres quien me busca y vienes a mí en forma de necesidad, de dolor y, en ocasiones, de hechos providentes con los que me sorprendes, desbordándote en misericordia. Me conduces a manantiales de aguas frescas, consolado y remecido de bondad.

Y al preguntarte como tu discípulo Natanael: “¿De qué me conoces?”, aún es mayor mi sobrecogimiento cuando te oigo decirme: “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses, te tenía consagrado: yo te constituí profeta de las naciones” (Jr 1,5).

A veces me cuesta creerlo porque pienso que debo merecerme tu amor. Pero hoy me aseguras tu decisión firme de no abandonarme nunca, de buscarme, si fuera preciso, dejando a todos los demás, y de llevarme sobre tus hombros.

Con razón reza el salmista: “Señor, Tú me sondeas y me conoces, me conoces cuando me siento y me levanto”.

Al mismo tiempo, me enseñas no solo tu amor por mí, sino el sentimiento que debo tener hacia los demás, en semejanza con tu gesto misericordioso. Comprenderme en tu parábola de pastor significa que debo tener ojos compasivos, avanzar hacia espacios donde puedan haber quedado otros enredados en distracciones dolorosas.

Pastor bueno, que oiga siempre tu voz, que atienda a tus silbidos, que sepa permanecer cerca de tu mirada y volver siempre a tu rebaño; y a la vez, que mi retorno anime a volver a otros.

Y parece que te escucho decirme: “No te resistas a la gracia. No te atrincheres en tu debilidad. No te castigues con el exilio voluntario del abrazo de la misericordia”.

EL COMPAÑERO DE CAMINO

Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

(Mt 28, 20)

Jesucristo no nos ha dejado a la intemperie, por más que no lo veamos. Él ha prometido venir con nosotros, acompañarnos, y la meditación de su modo de vivir se convierte en verdadero acompañamiento espiritual.

El Maestro nos enseña la manera de humillarse, como gesto de su mayor dignidad, y someterse al juicio de los hombres, a la vez que permanece con la mayor libertad.

Cristo tiene poder para desclasarse de su rango y hacerse uno de tantos sin que nadie le obligue, y con ello demostrar el modo de amar que tiene Dios.

El Nazareno se nos muestra llevando a costas el peso de nuestras culpas, sin avergonzarse de llamarnos hermanos. Nunca renunciará a ser uno de los nuestros.

Sorprende que el poderoso se deja prender sin poner resistencia ni apelar a su dignidad ni a los poderes celestes. Jesús soporta nuestros desprecios y traiciones, y sigue llamándonos amigos. Lleva la Cruz de nuestras debilidades y pecados como prueba de su amor. Él, el Cordero inocente, rescata a todos los que han muerto.

Desde la enseñanza del Maestro, si te sientes humillado, despreciado, ignorado, desde hoy tienes a quién mirar y por quién sentir compasión: Jesucristo.

- Si te crees discriminado, infravalorado, en Jesucristo tienes tu valedor. Él sabe bien quién eres, y apuesta por ti.
- Si te sientes sobrecargado por causa de alguna enfermedad, limitación o dolencia, Jesús se ha hecho débil para hacerte fuerte.
- Si vives circunstancias adversas, Jesús se hace solidario y nunca te dejará solo.
- Si lo que más te duele es la soledad del corazón, ten por seguro que Jesús te conoce por dentro y te quiere.
- Si lo que te sucede es que ni siquiera tienes el consuelo de la certeza creyente, Jesús espera el momento en que puedas percibirlo, pero Él ya está junto a ti.
- Si has llegado al límite, y estás a punto de tirar la toalla, mira a Jesús. Él se la ciñó para no separarse nunca de ti.

Aquel hombre que cayó en manos de unos bandidos, que fue abandonado medio muerto, que fue desatendido por el sacerdote y el levita, y que fue recogido, curado y atendido por un samaritano que iba de paso, representa a todo el género humano. Así, pues, como el Justo e Inmortal estuviese lejos de nosotros, bajó hasta nosotros para hacerse cercano a quien estaba lejos (San Agustín, *Sermón 171*).

EL TRASPASADO

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor.

(Jn 20,19-20)

Quizá tienes nostalgia porque no ves ni palpas la presencia de Jesucristo en tu vida, mas, si has sentido como una ráfaga de luz en tu interior y un sentimiento consolador en medio de tu noche que te ha dejado paz, hoy es Pascua para ti.

- Si a pesar de tu debilidad y hasta pecado, sientes insistente la llamada de Jesús y la fuerza para seguirla, y te atreves a comenzar de nuevo, hoy es Pascua para ti.
- Si la ausencia dolorosa de quien deseas que esté junto a ti, no ha impedido tu acercamiento al Señor, es señal de que hoy es Pascua para ti.
- Si te has sobrepuesto a la inercia y te has acercado al sacramento del perdón, superando el orgullo y el amor propio heridos, puedes estar seguro de que hoy es Pascua para ti.
- Si por tu identidad de cristiano has superado los imperativos de carácter, tus fobias y tus filias, tus dependencias y tus rechazos, hoy es Pascua para ti.
- Si te has abierto al trato obsequioso con los demás, superando todo prejuicio, y has descubierto la riqueza que albergan los otros, hoy te has encontrado con Jesucristo resucitado.
- Si a pesar de tu oración no sientes nada especial, y das fe a la Palabra que te anuncia la resurrección de Jesucristo, hoy es Pascua para ti.
- Si has afianzado tu relación de amistad con Jesús, y has tratado con Él como quien se relaciona con un amigo y Señor, hoy es Pascua para ti.
- Si el cansancio no te deja gustar con serenidad la celebración, pero has puesto la intención de unirme a la Iglesia en la gran noche de Pascua, Jesucristo resucitado te ha mirado con amor.
- Si aunque hayas mantenido tus luchas internas, has llegado a perdonar en tu corazón a quienes te han hecho algún daño, y no guardas rencor ni cultivas la mala memoria, hoy en verdad es Pascua para ti.
- Si al contemplar los misterios de la Pasión del Señor, has tomado la determinación de no pertenecerte y estás dispuesto a ser de los demás, de ponerte a su servicio, hoy realmente es Pascua para ti.
- Si has superado el miedo de seguir a Jesucristo porque sabes que no te va a pedir más de lo que le puedes dar, y brota en ti la confianza en su persona, hoy es Pascua para ti.
- Si das crédito a las Escrituras que revelan la resurrección de Jesucristo, tienes la bendición del Resucitado, que alaba a los que sin ver, creen.
- Si has descubierto que en la Palabra de Dios se te ofrece constantemente lo que Él te manifiesta como voluntad suya, te has encontrado con el Resucitado.
- Si tienes fe en el sacramento de la Eucaristía y adoras la presencia real de Cristo, el Señor te concede la gracia de convivir con Él, como si hubieras estado en el jardín de Arimatea en la mañana de la Resurrección. ¡En verdad ha

resucitado!

EL CONSOLADOR

Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre

(Jn 14,16).

Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre.

(Francisco, EG 164)

CONTEMPLACIÓN

Espíritu Santo, son muchos los nombres con los que te invoca la Iglesia y nos cuesta comprender algunos de ellos. Eres el Abogado, el Consejero, el Defensor, el Paráclito, el Huésped del alma, el Amor divino, el Consolador.

Quiero acogerme a tu acción más íntima, a la que obras en el corazón, en el hondón del alma, con tus mociones consoladoras que, además de conceder alivio en la prueba, indican el camino por el que seguir hacia la meta que tenemos como horizonte, Dios mismo.

Quizá sea por los acontecimientos sociales que nos golpean constantemente, por las catástrofes naturales, y sobre todo por las que provocamos los humanos, especuladores de la pobreza y de la indigencia de los más débiles, por lo que nos entristecemos.

Quizá sea por los movimientos extremistas, reaccionarios, usurpadores del bien, de la verdad, de la bondad, de la paz, de la convivencia, imponiendo violentamente una forma de pensamiento totalitario, por lo que nos entra el miedo.

Quizá sea por el sufrimiento de tantas familias, de hogares rotos, de niños sin referentes entrañables, motivo de tanta soledad en el corazón humano, por lo que se nos nubla la mirada y perdemos la alegría.

Espíritu Santo Consolador, ven con tu fuerza y con tu poder. Tú, sin herir ni violentar, ofreces en la conciencia el susurro de lo que es bueno y mejor, para bien de cada persona y de la comunidad humana.

Ven, sobre todo, a lo más íntimo de nuestro ser, donde se experimenta la turbación, el sinsentido, la desesperanza, la tristeza, el desánimo, el dolor y las lágrimas secretas. ¡Son tantos los que lloran sin que los mire nadie! ¡Son tantos los heridos de la vida que se creen incurables! ¡Son tantos los que piensan que no tiene remedio su dolencia!

Ven, Espíritu Santo, Consolador, hazte luz para quienes todo lo ven oscuro; amor, para quienes se creen o están solos; fuerza, para quienes perciben la debilidad física y también en su espíritu. Tú eres el mejor Abogado, defiéndenos de nosotros mismos, de nuestras melancolías y desesperanzas.

¡Cómo revive el ánimo cuando Tú, Espíritu Santo, nos consuelas, nos alientas e infundes en el corazón el hálito de vida y nos dejas oír tu insinuación confortadora!

Somos testigos de quienes se derrumban ante el dolor, pero también de quienes en la prueba no se arredran y son capaces de alentar a otros de manera magnánima, gracias a que Tú los sostienes. ¡Cómo ayuda el testimonio valiente de los mártires, la fuerza de los que superan las razones de venganza o los motivos de hundimiento del ánimo, ante la quiebra y la pérdida de seres queridos!

¡Ven, Espíritu Santo, Consolador! Sé Tú nuestro compañero de camino en estos tiempos tan recios, y haznos mediación de tu misericordia consoladora.

LA POSADA SAMARITANA

La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio. (Francisco, EG 114)

En este Año Santo, podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea. ¡Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento existen en el mundo hoy! ¡Cuántas heridas sellan la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de la indiferencia de los pueblos ricos! (Francisco, MV 15)

RESPUESTA A LA SÚPLICA

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

(Mt 7,7-8)

La palabra del Señor es fiel, y hace lo que dice, y Jesús nos ha asegurado: “Todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pedís algo en mi nombre, yo lo haré” (Jn 16,13-14).

Mas, si es verdad que Dios cumple lo que ha dicho, te podrías preguntar ¿por qué no acontece lo que crees que es bueno para ti y para quienes se te encomiendan, confiados en tu magnanimidad?

El Evangelio es axiomático en sus afirmaciones y, sin embargo, tantas veces parece que la súplica no llega a los oídos del Señor, o quizá sucede como denuncia el Apóstol:

“Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones” (Sant 4,3). Y me resuena como una sentencia el texto paulino:

El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y Dios, que examina los corazones, sabe qué quiere decir el Espíritu, porque el Espíritu ruega conforme a la voluntad de Dios por los del pueblo santo (Rm 8,26-27).

SÚPLICA

Señor, no quiero otra cosa que hacer tu voluntad. Sé que nada me aprovecha fuera de lo que Tú quieres para mí. Sobreponer mis deseos a los tuyos retrasa el mejor proyecto que Tú tienes dispuesto.

Como el ciego, te pido ver, comprender, conocer, amar, seguir por el sendero que me conduce a hacer tu voluntad. Te pido creer e interpretar todo acontecimiento desde tu luz.

Como el sordo y el mudo, me acerco a ti para que abras mis oídos y desates mi lengua, y pueda escuchar lo que hablas a mi corazón, las insinuaciones más íntimas, para que nunca sea sordo a tu voz y me haga eco de tu Palabra, testigo de tu revelación, coherente con la llamada que me haces, y que por haberla oído no la puedo negar.

Como el leproso, te pido que limpies mi carne, que me liberes del lastre de mi mala memoria, la que se ha incrustado en mis hábitos de conducta y enturbia mi mirada, perturba mis pensamientos y deseos. Si Tú quieres, puedes curarme.

Señor, devuelve a mis manos y a mis pies su capacidad hacendosa y que sirva para hacer el bien. Que ponga mis manos en el arado sin mirar hacia atrás y mis pies en la senda llana. Que no presuma de mis obras, las que hago por tu gracia; ni camine por senderos tortuosos, sino que corra siempre en tu presencia por los atrios de tu casa y emplee mis dones de manera solidaria.

Pero lo que de verdad te pido es que me perdones los pecados, aquellos que se me ocultan y con los que convivo de manera inconsciente, habituado a mis defectos, de tal forma que llego a creer que son mi natural. Pasa, Señor, por mi vida, y haz que yo sea un reflejo de tu bondad, de tu mirada, que derramas en lo más hondo de mi ser. Que no me acostumbre nunca a mí mismo y esté

siempre abierto a tu paso, atento, como Zaqueo, a tu invitación para bajar de mi amor propio y seguirte adondequiera que Tú me lleves.

REMEDIO DE LA FRAGILIDAD

Como el barro en manos del que lo trabaja, que puede hacer con él lo que quiera, así es el hombre en manos de su Creador, que le señala un puesto en su presencia.

(Eclo 33,13)

Siempre es posible reemprender el camino, no importa las etapas erradas. Frente a la tentación con la que el Malo puede intentar disuadirnos del propósito de comenzar de nuevo, está el ofrecimiento de la misericordia, que restablece las fuerzas y libera del peso insostenible de la mala memoria.

Determinate, como diría la maestra espiritual santa Teresa de Jesús, a entrar por la puerta del castillo, que no es otra que la oración, para tratar con quien te habita y te hace posible el don de la existencia, y superar el entretenimiento ocioso y extrovertido que te impide gozar del abrazo entrañable.

CONTEMPLACIÓN

Quiero comenzar de nuevo, aunque no tengo en mis manos más que barro, la frágil condición de mi pobreza.

Quiero abrirme a la esperanza, no obstante la memoria de mis quiebras reiteradas, de mis intentos fallidos.

Quiero dar crédito a la Palabra, a pesar de confundir tantas veces la verdad con el deseo, y de proyectar ensoñaciones irreales para justificarme en mi distracción de avanzar hacia la meta.

Tú sabes, Señor, de qué barro estoy hecho. Pero sé que Tú eres para mí el mejor alfarero. Sé que no vale el argumento de saberme roto para no dejarme humedecer con el perdón y restaurar con la gracia abundante de la misericordia, como si fuera propietario de mí mismo.

Toma en tus manos mi historia, mi vasija quebrada y, a pesar mío, dale impulso al torno y extrae la forma que Tú quieras conceder a mi indigencia.

Tú tienes la destreza de cambiar la quiebra en esperanza, de reparar la grieta y la arpadura, y no solo con lañas sino como haciendo la pieza nueva.

Tú puedes tomar mi arcilla y extasiarte de nuevo teniéndola en tus manos de artesano y extraer la belleza, la luz y la bondad que contiene, por gracia, la materia.

Tómame en tus manos generosas, aplica tu tacto entrañable y actúa en mi pobreza, que para una madre y un padre no puede ser feo el rostro ni oscuro el semblante de la criatura que conciben y engendran con amor.

Tómame en tus manos, Alfarero, y lúcete en mi frágil consistencia nuevamente, para que se vea que no soy yo el artífice, ni el que tiene el valor ni la fuerza, que eres Tú siempre el autor que convierte el polvo en rostro humano, reflejo divino del modelo original, tu mismo Hijo amado.

Quiero comenzar de nuevo. No te canses, Señor, de sostenerme, ni me eches en cara que ya lo intenté en tiempos anteriores. Sé que Tú no guardas en tu mente el error reconocido y confesado humildemente.

PERFECCIÓN DE LA NATURALEZA

En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.

(Jn 12,24)

No sé si acertaré a describir la reacción que a veces tiene nuestra naturaleza como defensa en momentos de adversidad. Sorprendentemente, por ejemplo, ante la muerte de un ser querido, o ante la enfermedad grave propia o de alguien muy próximo, se siente como una paralización del ser que enmudece ante la impotencia, y si se tiene fe, se acurruca en el pensamiento trascendente de la Providencia, como alivio.

Es posible que ante una noticia inesperada y fatal como puede ser un accidente grave, quizá como respuesta del propio carácter, surja una reacción extraña de serenidad, sosiego, calma y silencio o, por el contrario, se presente un cuadro de euforia, como si no se creyera en la realidad del acontecimiento, o de angustia descontrolada.

Quizá, en una lectura psicológica, se interprete que todo es efecto de la segregación natural de adrenalina que produce en unas personas algo similar a la enajenación, para defendernos del drama, de la angustia, de la tristeza, y en otras, una huida desgarrada o hiperactiva.

Es cierto que, en general, no se pierde la conciencia de la gravedad, si además se tiene ante los ojos la realidad ineludible o se sufre internamente por los efectos de los hechos dramáticos. Hay ocasiones en las que, como si pasara una secuencia filmada de la vida a gran velocidad, se visualizan las consecuencias terribles de los hechos y cabe el grito de espanto o la percepción de una extraña fortaleza.

Ante esta posible fenomenología, ¿por qué reducir todo al plano natural? ¿Por qué dudar de que la serenidad, la paz, la fortaleza, sean también efecto de la gracia? ¿Por qué mermar el sentido trascendente de los hechos? ¿Acaso la paz interior, la fortaleza de ánimo, la conformidad consciente no son signos del don que ha prometido Jesucristo para la hora de la prueba? “¡Que no tiemble vuestro corazón, ni se acobarde!”.

Si lo natural, ante el despojo de un ser querido, es la tristeza, la rebeldía, el desánimo, el llanto, la desesperanza, la angustia, ¿por qué no interpretar que una actitud serena, en la que se percibe la dimensión trascendente de los hechos, es efecto de la gracia y regalo del Espíritu? Y si es así, ¿por qué no augurar que el dolor, el sufrimiento, la prueba, son siembra de fecundidad?

Cuando en el fondo del corazón se escucha el susurro de la Palabra divina, que deja sentir el acompañamiento oportuno, es momento de confesar el abandono en las manos de Dios, y hasta de atreverse a bendecirlo porque no se duda de que todo tendrá explicación y sentido.

Para el que cree, los acontecimientos no obedecen a la casualidad, y menos los que tienen relación con la vida y con la muerte. La vida y la muerte están en manos de Dios, a Él le pertenecemos.

Dios no es sádico y no nos ha creado para el sufrimiento. Cuando se padece, se está compartiendo el título redentor de Jesucristo. Es momento de abrazar la cruz y hasta de atreverse a cantar las misericordias del Señor, y como María, la Madre de Jesús, entonar el Magnificat, porque Dios ve la humillación de nuestra carne, especialmente cuando asumimos nuestra fragilidad, y la perfecciona con su gracia.

Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava. (Lc 1,46-48)

RAZÓN PARA LEVANTARSE

¡Oh Dios, Tú eres mi Dios, por ti madrugo! Mi alma está sedienta de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua.

(Sal 62)

Todo cambia cuando hay una razón de hacer algo por otra persona a la que quieres, y si cabría justificarse en el cansancio cuando no hay motivaciones urgentes para emprender las tareas, ante la posibilidad de agradar o de acompañar a quien se quiere, se disuelven todas las excusas.

Es distinto levantarse por disciplina, por ascesis o por obligación, que hacerlo por amor, por el deseo de unirse a tantos que trabajan y, sobre todo, para unirse a la alabanza de los que oran al venir el día. Quienes sienten la razón de la comunión con los orantes derriban la tentación de la pereza.

Un momento privilegiado de oración, y así lo han entendido los padres del desierto y los maestros espirituales, es al alba, al amanecer. El fenómeno de la luz del sol, que va lentamente iluminando la naturaleza, refleja muy bien el proceso interior de quien se dispone a comenzar un nuevo día bajo la mirada de Dios, necesitado de su ayuda y agradecido por el tiempo que le concede.

CONTEMPLACIÓN

Quiero estar contigo, mi Señor, y saberme tuyo enteramente. El salmista acierta a describir la razón de levantarme; por ti, sediento, madrugo. A ti te consagro la jornada, al alba.

Es un privilegio estrenar el día en tu presencia, conversar de tú a tú, a solas, como amigos, estrenar las horas, teniendo en ti un Tú de referencia, por quien inicio la jornada, acompañado.

Todo cambia de sentido cuando en vez de correr nervioso a la tarea, hay razón de detenerse por un tiempo ante tu rostro compañero.

Tú has querido dejarte sentir en la Palabra, en los hechos y en quienes me rodean, y también me llamas a permanecer contigo. Es sabrosa la estancia en tu presencia, aun sin consuelo. Con tan solo saber que Tú estás, se desborda el alma. Me viene el pensamiento teresiano: “Mire que le mira”, y me basta.

Mas desde hace tiempo me asalta en mis adentros la pregunta que no logro descifrar: ¿Por qué no dura toda la jornada la experiencia de saber te compañero? ¿Por qué cada mañana soy consciente de mi ser de criatura y de mi ofrenda, y después camino un tanto a tientas, inconsciente, emancipado, olvidadizo, distraído en multitud de pensamientos?

No deseo caer en la trampa del Tentador y perturbar el tiempo silencioso con la dialéctica de pensamientos encontrados. Solo te pido que yo sea coherente y no recorra extremos tan distantes: de saberte amigo, a olvidarte; de sentirte cerca, a creerte ausente; de rendir mi afecto, a anhelar miradas; de comenzar el día en tu nombre, a ejecutar a tientas la tarea.

Quizá tenga que volver más tiempo y más veces a grabar en mi memoria tu presencia, la que llevo en mi interior, que me reclama no importa la hora, ni el lugar, ni la tarea.

Como la cierva corre al manantial y la tierra en sequía aguarda la lluvia de tempero, así me levanto cada día, por si Tú, Señor, quieres concederme la experiencia sensible de tu abrazo. Mas si prefieres que camine una jornada más por el desierto, que al menos no me falte nunca tu ángel providente que acerque el pan y el agua necesarios para no sucumbir en desesperanza.

Es razón suficiente saberte, motivo que da fuerza para comenzar de nuevo la tarea, porque me renuevas la llamada a acrecentar tu obra y ofrecer la bondad que Tú me has dado.

Es argumento eficaz saber que nada se resuelve si permanezco tendido en mi apatía, y respuesta acertada levantarse siempre, sin ceder a la tentación que susurra la hipótesis de tropezar de nuevo, porque se confía en ti.

ESTANCIA EN LA POSADA

Cuando ya se acercaba el tiempo en que Jesús había de subir al cielo, emprendió con valor su viaje a Jerusalén. Envio por delante mensajeros, que fueron a una aldea de Samaria para prepararle alojamiento; pero los samaritanos no quisieron recibirle, porque se daban cuenta de que se dirigía a Jerusalén.

(Lc 9, 51-53)

Quien se vio rechazado y sin hospitalidad por razón ideológica y religiosa, Jesús, quien al cruzar la tierra de Samaría camino de Jerusalén sufrió el desprecio de los samaritanos, es quien nos ofrece como ejemplo de misericordia y hospitalidad la conducta de un hombre nacido en Samaría, y con ello demuestra la superación de todo ideologismo sectario.

En verdad, Jesús es el verdadero samaritano con cada uno de nosotros. Él personaliza la figura compasiva que cura y vena nuestras heridas con las suyas. De ahí que cuando contemplo cómo el herido es conducido a la posada, se superponen las imágenes, al unir en el recuerdo la posada samaritana y la de Emaús. En ambas está la propuesta restauradora que deja recuperar la identidad personal por la relación que se establece con quien sale al camino como compañero, Jesucristo.

En la posada se goza del privilegio del cuidado y presencia del Señor. Ya es beneficiosa la estancia, mirando hacia el rescoldo que aún queda entre las brasas, todavía capaz de prender el fuego. Y en ese tiempo gratuito cabe percibir el sentimiento agradecido.

El Creador nos hizo la casa común para que to dos los humanos habitáramos en ella. La hizo hermosa, acogedora, hermana y madre (cf. Francisco, *LS* 1), con mesa abundante, que deberíamos cuidar, porque de ello depende que todos sintamos el cobijo necesario.

Cada criatura es objeto de la ternura del Padre que le da un lugar en el mundo. Hasta la vida efímera del ser más insignificante es objeto de su amor y, en esos pocos segundos de existencia, él lo rodea con su cariño. Decía san Basilio Magno que el Creador es también “la bondad sin envidia”, y Dante Alighieri hablaba del “amor que mueve el sol y las estrellas”. Por eso, de las obras creadas se asciende “hasta su misericordia amorosa” (Francisco, *LS* 77).

CONTEMPLACIÓN

Bien sabes, Señor, que transfundes a mis ojos tu ternura entrañable, reflejo de tu luz, que imprime en mi mirada el destello de la tuya, el rostro semejante. Y me veo en ti, curado en mis heridas, abrazado en tu llaga, recostado en tu seno, consolado por tu palabra.

¡Privilegio de amor el que Tú me tienes! Al dejarme gustar un tiempo en tu presencia, fluye el manantial de paz recóndita en las entrañas. Saboreo estar contigo a solas. Tan solo estar, mirando que me miras, dejándote mirar, que diría santa Teresa, aunque a hurtadillas, por el pudor que me da volverte a ver, Samaritano.

No se dice nada de que hubiera más huéspedes en el albergue. La escena de Emaús también se describe íntima. No se puede negar que cuando Tú conduces, dejas la paz en la estancia más interna, fruto de la misericordia.

Ahora percibo la vocación de hacerme compañero tuyo. Por el gozo que se instala en lo más hondo del ser, me mueves a tareas solidarias, como respuesta al bien recibido.

La paz, regalo del cielo a los hombres de buena voluntad, llama a mi puerta. Se me abre el secreto del tesoro, que no es sino la limpieza de corazón por la que los ojos se tornan luminosos y perciben, de nuevas, la armonía de la naturaleza, la belleza de la creación y sobre todo la del alma, donde habitas.

Ahora me introduces en el ámbito divino, adonde Dios visita el corazón sin violencia. Y, al menos por un instante, se alejan la envidia, la mentira, la extorsión, y se aposentán en lo más profundo la luz y la alegría.

Y de pronto, se comprende el cántico que los ángeles entonaron en la hora de tu nacimiento, el saludo que dirigiste a los tuyos, Resucitado, y el encargo que haces a tus discípulos. Ahora se entiende la contraseña del Evangelio: “Paz a vosotros”, y la prueba para el discernimiento, que no es otra que la paz interior, señal que autentifica la de tu presencia, regalo del Espíritu Santo.

No dejes de pasar por mi camino, de venir a mi lado, y si ya no puedo andar por mi debilidad, llévame en tu cabalgadura al recinto restaurador, donde contigo a la mesa, reencuentre el sentido de la vida y la razón de los dones que me has dado, para después correr hacia los otros, necesitados de saberte vivo, y ser yo mismo quien los pueda conducir a tu posada.

IDENTIDAD DE PEREGRINO

¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor!

(Sal 121).

El camino de la vida puede afrontarse como solitario o como discípulo, como vagabundo o como peregrino. Es diferente avanzar por una motivación biológica que hacerlo por una razón espiritual. Al vagabundo no le importa hacia dónde va; el peregrino emprende las etapas en dirección a una meta sagrada.

En el camino de la oración y de la vida espiritual, mientras avanzamos hacia la meta de la experiencia interior, tomamos del salterio como mejor acompañamiento el cántico de los peregrinos que subían a Jerusalén. El salmo 121 expresa los sentimientos que embargan el alma de quien se dirige al monte del Señor, que es la meta espiritual hacia la que endereza sus pisadas.

Tomar el camino de la oración puede obedecer, muchas veces, a una crisis, a una necesidad, por cumplimiento de un voto o promesa, o también para celebrar algún acontecimiento y dar gracias por alguna bendición recibida.

El salmo rebosa alegría: “¡Qué alegría cuando me dijeron vamos a la casa del Señor!”. El peregrino, esperanzado, rompe a cantar y, a veces a llorar al mismo tiempo de gozo y

emoción, porque tiene ante sí, a la vista, la silueta del santuario donde desea reconocer a Dios o encomendarle una causa íntima, dramática, un retorno de converso, una necesidad de perdón.

Para comprender mejor el salmo hay que hacerse cargo del contexto de la peregrinación a pie, a lo más en cabalgadura; de ahí la expresión: “Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén”. Cuando se llevan varias jornadas de camino, cuando se ha superado el cansancio, la sed, el desánimo, los contratiempos y hasta los posibles peligros por inseguridad, al dar vista a la ciudad santa, al monte del Templo, al lugar de la presencia divina, surgen el cántico, la alegría y la emoción incontenibles. Cuando sientes que vas a ser recibido, escuchado, perdonado, librado de la angustia, es incontenible la emoción.

Desde antiguo se creía que los lugares altos eran más sagrados porque estaban más cerca del cielo, más cerca de Dios. Por eso tantos santuarios se han edificado en lo alto de montañas. Hay situaciones en la vida que es necesario pronunciar en lugares sagrados. Los santuarios, ermitas, lugares de retiro, monasterios, se convierten en recintos santos, donde se vive tantas veces la alegría de la reconciliación.

Jerusalén significa “ciudad de paz”. Se suplica constantemente el don de la paz, y en estos tiempos conviene elevar la plegaria por la nueva Jerusalén, pero sobre todo por la Iglesia y por tantos cristianos perseguidos. “Por mis hermanos y compañeros voy a decir: La paz contigo”. Es el saludo religioso, social, sacramental: “La paz con vosotros”. Así se presenta el Resucitado a los suyos.

Siempre es actual el deseo de que nos acontezca el bien y la paz. San Francisco de Asís tomó posiblemente de este salmo su saludo: “Paz y bien”.

Con el salmista y con el rumor de tantos que avanzan por la vida hacia la casa de Dios llenos de la esperanza que nos viene de sabernos peregrinos y no vagabundos, cuando se ha encontrado el sentido de la vida, que se dirige al Santuario eterno donde habita la gloria de Dios, te invito a repetir durante las distintas etapas, a modo de jaculatoria: “¡Qué alegría, vamos a la casa del Señor!”

Recobremos y acrecentemos el fervor, la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo (Francisco, *EG 10*).

COBIJO EN LA INCLEMENCIA

El Espíritu le empujó al desierto, donde permaneció cuarenta días, siendo tentado por Satanás

(Mc 1,12-13).

Cuando te dispones a discernir la travesía de la vida siguiendo los consejos de la Sagrada Escritura, a la hora de relacionarte con Dios pueden asaltarte preguntas interiores sobre la sinceridad de la oración, la rectitud de intención, la purificación de los sentimientos, y en algunos casos son difíciles de soportar si no es por la misericordia. Cabe que te preguntes:

- ¿Señor, estaré siendo temerario cuando me presento como creyente y a la vez convivo con mi frágil condición pecadora?
- ¿Señor, cómo dar fe a mi propósito, a mis deseos reiterados de comenzar de nuevo, si constantemente tropiezo en las mismas piedras?
- ¿Estaré siendo cínico al renovar mi deseo de fidelidad y al poco tiempo de pronunciarlo, contradecirme con mis actos, deseos, pensamientos e imaginaciones?
- ¿Estaré siendo manipulador de la gracia y de tus misterios al sobreponerme a mis caídas, confiando en tu misericordia?
- ¿Cómo es posible arrastrar tanto tiempo el peso de la debilidad, sin perecer en desesperanza ni en actitud permisiva?
- ¿Será el dolor que esta duplicidad me produce lo que me hará acreedor a tu abrazo y a tu perdón?
- ¿Habré caído en el profesionalismo religioso y hasta en la falta de fe al intentar subsistir en medio de tanta inclemencia?
- ¿Será mi percepción exclusivamente psicológica y mi oración un desahogo natural y mi confesión un recurso de subsistencia, sin que haya realmente un encuentro teologal, sacramental, creyente, como de alguien que desea caminar en verdad?

Sinceramente, Señor, ante tantas preguntas que me asaltan, no tengo respuesta. Porque si apelo a tu misericordia, interpreto que me refugio de manera interesada y egoísta en tu bondad; y si me paralizó y deprimó, sé que atento contra el don sagrado de la vida.

Te presento, Señor, mi estado de perplejidad y te suplico que no abandones la obra de tus manos, para bien de tantos que confían en mí y para mi propia salvación.

Ya he sufrido la tentación de la falsa honradez, la de creer que es más sincero permanecer en la cuneta si presiento que voy a tropezar de nuevo. He comprendido la estrategia del Malo que lleva a pensar que es mejor no levantarse de la caída. Señor, que no desconfíe nunca de tu misericordia. Amén.

EL TRATO ORANTE

Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.

(Mt 26, 41)

La tentación se experimenta especialmente cuando se desea avanzar por el camino del Evangelio. Mientras se convive con los deseos de la naturaleza, no hay contradicción, mas si se desea progresar por la senda del bien, enseguida brotan sentimientos extraños, que someten a la duda de si se actúa con rectitud de intención, o buscándose uno a sí mismo.

¡Qué fácil es hacer de la oración un recurso psicológico y convertirla en terapia de introversión y de autorreferencia! Esta es una desconfianza que asalta especialmente en el tiempo de prueba, pues, si te diriges al Señor con palabras sentidas, puedes representar una manifestación piadosa, sensiblera, un tanto abstraída y alejada de quienes, a pesar de llevar tiempo en oración, se sienten secos y sin mociones interiores afectivas.

Si, por el contrario, sintieras alguna inspiración consoladora, de las que cabe experimentar en la hondura del corazón, puedes dar la impresión de que se inventan los sentimientos. Por esta razón, a la hora de querer ser mediación pedagógica respecto a la oración entre quienes desean escuchar una palabra auténtica y sentir un acompañamiento cercano que les ayude en sus dificultades y responda a las preguntas que guardan muy adentro, encuentro que la mejor forma de hacerlo es, además de aplicárselo a uno mismo, ofrecer como guía las mismas palabras del Señor, las que nos ha dejado como revelación auténtica; ellas no tienen el inconveniente del subjetivismo, por piadoso y sincero que sea.

Y me resuena la declaración: “Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor”. “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos”.

CONTEMPLACIÓN

Has sido Tú, Señor, quien nos ha dicho: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré”. “Venid, vamos a un sitio tranquilo a descansar un poco”. Si alguien tiene sed, que venga a mí, y que beba, “yo soy el agua viva”. Si alguien tiene hambre, que coma, “yo soy el pan de vida”. “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”.

Es inimaginable, Señor, tu apertura y disponibilidad para con cada uno, y cuando nos encontramos con tus propuestas, casi no sabemos qué pedirte y qué responderte. Me sucede sobre todo ante las palabras que le dijiste al ciego de Jericó: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Me duele caer en la trampa de la especulación con tu amistad, como creo que les sucedió a los hijos de Zebedeo cuando les preguntaste “¿qué pedís?”, y ellos manifestaron el deseo de poder.

¡Qué clara es tu enseñanza!: “El que quiera ser primero, que sea el último”. “El que quiera ser Señor, que sea vuestro servidor”. “El que quiera ganar la vida, que la pierda”. “El que quiera seguirme, que tome su cruz y se venga conmigo”.

Sé que no debo justificarme en mi debilidad, ni en mi forma de pensar. Déjame escuchar tus palabras hasta que horaden mi corazón. Se hace

irresistible tu lamento: “¿También vosotros queréis marcharos?”. “¿No habéis podido velar una hora conmigo?”. “Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?”.

Y me repito en lo más hondo: “Ánimo, no tengáis miedo, soy yo”. “Yo he vencido al mundo”. “Sígueme”. Y “quien deje por mí tierra, casa, familia, recibirá cien veces más.” Señor, te creo, pero aumenta mi fe.

COBIJO DEL ALMA

Mi alma está triste hasta morir; quedaos aquí y velad conmigo. Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: “Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú”.

(Mt 26,38-39)

Por los maestros espirituales conozco el beneficio que se obtiene de contemplar la imagen del Crucificado, pero en muchas ocasiones me quedo admirando la belleza artística de las representaciones icónicas, convirtiéndome en observador más que en orante. Y cuando caigo en la cuenta del drama que revela la Cruz, me parece frívolo mirarla como pieza de museo y si cabe, aún más cuando imagino el dolor del hombre, aplastado por la prueba incomprensible de su desgracia causada por circunstancias ajenas a su voluntad o quizá por su historia personal.

Comprendo que es muy diferente el contexto de una exposición de arte y el de un templo, pero la representación sagrada siempre evoca al prototipo, aunque se haya convertido en una pieza de museo.

SÚPLICA

Me duele, Señor, cosificar tu Cruz, y me escandaliza incluso contemplarte solo desde la perspectiva de la belleza con la que te plasma el artista o el escultor. Creo que a veces me consuelo con la mirada estética y no traspaso el umbral de lo que significa tu cuerpo entregado en la Cruz por amor.

Viéndote destrozado y sabiendo la razón de tu muerte expiatoria, intuyo lo que debió de ser tu sufrimiento moral: mayor aún que el físico, al vernos a quienes, hechos a tu imagen, infamamos nuestra naturaleza y desfiguramos tu rostro.

¿Qué sentía tu corazón al traer ante los ojos de tu memoria a tantos que se desangran en el suyo, mendigos de amor a cualquier precio? ¿Con qué mirada esperas a los que son atormentados por la violencia, a huérfanos sin culpa, a abandonados sin motivo?

A medida que sumo años de vida, conozco con más crudeza la impotencia ante tantos que viven sumergidos en sus dependencias y sujeciones, ante tantos que sufren soledad, desprecio, especulación o esclavitud.

Hoy, Señor, te pido por los niños robados, los niños soldados, los niños violados. Por los jóvenes sin esperanza, por quienes desean tener una tarea noble y perecen en sinsentido. Por quienes, exiliados, viven sin tierra, sin familia, sin mano que les apriete la suya, sin nadie que pronuncie su nombre.

Te pido especialmente por las familias, por quienes son víctimas de rupturas o de infidelidades y resuelven su situación entrando en el torbellino de la adicción al alcohol, a la droga, al juego, a la evasión extrovertida, y viven muertos en vida, sin luz en los ojos, ni alegría en el alma, arrastrando la existencia de manera clandestina, sin nadie en quien vaciar la hiel que les envenena.

Me impresiona y me duele, sin juzgar, la comprobación de la falta de trascendencia ante la desgracia, del límite prosaico o meramente técnico, del recurso materialista o de la rebeldía y hasta de la desesperación cuando se siente el golpe del despojo imprevisto, la quiebra del proyecto empresarial, o por el contrario, cuando embrutece la disponibilidad de bienes y sumerge en el consumismo sin sentido que arroja al hastío y a la tristeza.

Sé que es relativamente cómodo rezar por quienes sufren y cabe que con ello desee tranquilizar la conciencia. Pero al verme incapaz de resolver tanto dolor, me acojo a tu Palabra. Sé que en numerosas ocasiones el drama humano nos despierta la sensibilidad, la compasión, la sabiduría, la sensatez, la solidaridad generosa, los sentimientos más nobles, aunque solo seamos capaces de la manifestación silenciosa de hallarnos cerca de los que sufren.

Recibe esta oración solidaria, gratuita y anónima por quienes ni siquiera saben que alguien reza por ellos; Tú, que eres buen administrador, hazles llegar el consuelo, la luz, la mano providente que necesitan. Sé que no desoyes el gemido de la oración ni eres insensible ante el dolor. Tú te nos muestras Crucificado como respuesta entrañable.

GESTO ENTRAÑABLE

Se levantó de la mesa, se quitó sus vestidos y, tomando una toalla, se la ceñó. Luego echó agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido.

(Jn 13,4-5)

Al acercarme a los santuarios siento un gran respeto y me emociono cuando veo cómo muchas personas miran a las imágenes del Señor, de la Santísima Virgen y de los santos devotamente. Ante la generosidad de tantos fieles ofreciendo limosnas, me viene a la mente el relato del Evangelio, de cuando Jesús defendió a la mujer que le ungió los pies con perfume costoso.

Todos necesitamos tener gestos de generosidad, gratuitos, por amor, anónimos, que solo Dios ve y que uno guarda en la mayor intimidad. Es la expresión sagrada y religiosa del ser humano. “Hallándose Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, se acercó a Él una mujer que traía un frasco de alabastro con perfume muy caro y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba a la mesa” (Mt 26,6-7).

CONTEMPLACIÓN

¿Qué te dice, Señor, la gente, cuando se acerca a ti o se detiene ante tu imagen para besarte la mano o los pies? ¿Por qué sentimos tanto atractivo por llegar ante tu rostro, buscando tu mirada? Sé que estamos hechos para el Otro, que eres Tú, para tratar de amistad en una relación inagotable que no deja el sabor de lo temporal.

Señor, yo no sé lo que los otros te confían cuando enmudecen ante tu presencia, cuando te besan o musitan una plegaria, te miran con ojos brillantes y se signan con la cruz.

Pero sí sé lo que yo deseo decirte, aunque cuando estoy bajo tu mirada pierdo un tanto la memoria y tan solo dejo que me mires, mientras yo también te miro, y sé que mi estancia no es anónima ni indiferente, que tú recoges, aunque no los pronuncias, todos mis deseos y escuchas todas mis intenciones.

Tú sondeas el corazón y las entrañas. Tú conoces, antes que llegue a mis labios, lo que vengo a pedirte, y sobre todo lo que otros me han encargado que te pida. Recoge benigno las intenciones que me han confiado y hazte presente, de la manera que Tú sabes, en la vida de cada uno.

Son muchos los que me comunican su enfermedad, los que me hacen testigo de sus heridas más profundas e íntimas, las del corazón. Cada vez conozco a más personas que sufren por las relaciones familiares y a personas que se sienten solas aunque convivan con otros.

Acoge, Señor, toda nuestra pobreza, aun aquella que no sabemos expresar o nos da pudor pronunciarla, y que a veces nos resulta insoportable y sobrecarga nuestros hombros con el peso de la prueba.

Te contemplo inclinado hacia nosotros y ofreciendo tu hombro compañero. Tú escuchas y callas hasta que el silencio nos permite sentir tu gesto compasivo.

Ahora que nos encontramos en intimidad, déjame grabar en mis ojos el destello de tu mirada y guardar en mi memoria el reflejo de tus pupilas, en las que se espejan las mías suplicantes, a la vez que amigas.

Ahora estoy dispuesto a escuchar tu Palabra, a la que deseo dar crédito porque es fiel; yo la percibo aunque la pronuncies discretamente.

Más allá de todas las intenciones, de lo que quiero hablarte es de mi deseo más profundo, el que Tú mismo me dejas sentir en lo más íntimo, el deseo de ser enteramente tuyo. Y si Tú quieres, toma mi persona para alargar tus manos solidarias, amistosas, y tu mirada atenta, sin prejuicios.

Señor, Tú callas, esperas, escuchas. Tú te inclinas silencioso, humilde. No te cansas de recibir mi alma y la de tantos que acudimos a ti porque sabemos que eres entrañable.

Tú no retiras el hombro de la Cruz, ni nos ofreces el halago de librarnos de la nuestra. Pero nos dices con palabras seguras: “Toma tu cruz, y sígueme”. Y cuando acierto a seguirte, siento alivio y la transformación de todo acontecimiento, que en vez de ser un hecho fortuito, por ti se convierte en providencia.

POSADA INTERIOR

Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros.

(Jn 15,15-17)

¡Cómo cambia la interpretación de los hechos cuando hay conciencia de que se es amado! El sentimiento doloroso por la ausencia de los amigos y por la soledad amarga se vuelve privilegio, por saborear la anchura del desierto, y aunque a solas con uno mismo, no se sufre el arañazo de la nostalgia, sino que la estancia íntima se convierte en puerta para tratar con Quien nos habita dentro.

Cuando acontece la consolación, se disipan los fantasmas, el vértigo del sinsentido, el miedo ante el vacío. Ahora, de manera sorprendente, se gusta la estabilidad del corazón, y la amabilidad de la estancia solitaria.

Y, aunque se recuerdan muy vivamente las preguntas que asaltaron en el tiempo áspero, en el que imperaban la ausencia y las sombras, y las propuestas halagadoras del Tentador, cuando acosaba el miedo y la reacción natural era meterse en el refugio del ensimismamiento, de manera inesperada emerge la percepción de una voz que llama y susurra: ¡Ánimo, que soy yo, no temas! Y aparece en el interior la paz envuelta en abrazo, y donde crecía la soledad, acontece el encuentro con el Tú divino.

Puede parecer invento, descripción de compromiso, obediencia a algún guion para que acabe bien el relato y se preste así luz a quienes andan sumergidos en la noche del sinsentido, llamándoles a la esperanza. Y, sin embargo, cuando pasa Aquel que es Señor del universo, no hay que inventarse el efecto ni imaginar la palabra. Sin buscar ni pretender consolación alguna, Él deja el rastro del olor al bálsamo que cura.

Si no has sentido nunca que tú eres la posada donde habita el samaritano, si piensas que es creación literaria lo que dice santa Teresa de entrar en el castillo por la puerta de la oración para así tratar con quien mora dentro, no te voy a dar más tristeza: no te sientas juzgado. Solo que, apoyado en lo que dice san Agustín y él lo confiesa como experiencia propia, te invito a que entres dentro de ti. Pues cabe que en el deseo de encontrar sentido a tu vida andes mendigando lo que llevas dentro, el amor más grande, el Espíritu del Señor.

Prueba a dar crédito a que eres templo sagrado, espacio habitado, recinto donde mora el Misterio, la presencia divina. Jesús llegó a decir: “A quien me ama, lo amaré mi Padre, y yo también los amaré, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 21). “¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1Co 3,16).

El papa Francisco, citando a Juan Pablo II, afirma:

El cristianismo no rechaza la materia, la corporeidad; al contrario, la valoriza plenamente en el acto litúrgico, en el que el cuerpo humano muestra su naturaleza íntima de templo del Espíritu y llega a unirse al Señor Jesús, hecho también él, cuerpo para la salvación del mundo (*LS 235*).

EL BÁLSAMO QUE CURA

San Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio para indicar el camino que seguir: “En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad” (Francisco, MV 4).

A todos, creyentes y lejanos, pueda llegar el bálsamo de la misericordia como signo del Reino de Dios que está ya presente en medio de nosotros (Francisco, MV 5).

Los sacramentos son un modo privilegiado de cómo la naturaleza es asumida por Dios y se convierte en mediación de la vida sobrenatural. A través del culto somos invitados a abrazar el mundo en un nivel distinto. El agua, el aceite, el fuego y los colores son asumidos con toda su fuerza simbólica y se incorporan en la alabanza (Francisco, LS 235).

LA GRACIA DEL LÍMITE

Una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y tocó la orla de su manto. Pues se decía para sí: “Con solo tocar su manto, me salvaré”. Jesús se volvió, y al verla, le dijo: “¡Ánimo!, hija, tu fe te ha salvado”. Y la mujer quedó sana desde aquel momento

(Mt 9,20-22).

Normalmente no se quiere sentir inseguridad. Nos duele la existencia al vernos frágiles y quebradizos. Querríamos ser fuertes, que no nos abatieran las circunstancias sociales hasta el extremo de hacernos vulnerables. Pensamos que el descontrol del sentimiento es una falta de madurez.

¡Cuántas veces, por miedo, nos pertrechamos y nos refugiamos en lo que nos da seguridad! Y sin embargo, solo cuando dejamos entrar en nosotros el sentimiento nos humanizamos, a pesar de la incomodidad de ser alcanzados por las situaciones más existenciales, sean propias, sean de quienes nos rodean. El papa Francisco nos invita constantemente a salir a la intemperie, a los márgenes, a las periferias. Jesús atravesó las fronteras, estuvo en tierra de paganos, cruzó a la otra orilla.

Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar esta llamada: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20).

El que siendo Dios se hizo hombre no pudo resistir la tristeza en la noche de la gran soledad; se quejó a los discípulos al verlos dormidos; se apiadó ante el relato del funcionario real, el sinagogo de Cafarnaúm. Por estas actitudes, podríamos pensar que la sensibilidad de Jesús era poco recia si le influían tanto las situaciones límite de las personas. El Maestro mostró su cercanía a todos los discapacitados como si nos quisiera decir que hay que sufrir alguna merma de autonomía para abrirse al beneficio consolador de su paso.

¡Cómo se beben las palabras en tiempo de intemperie! ¡Cómo se humedece el corazón, a semejanza de la tierra empapada por la lluvia, cuando se ha perdido la seguridad y se busca en el entorno y sobre todo en el propio interior el sentido de la prueba!

No puedo dogmatizar que la herida es la puerta por la que entrar en el conocimiento más profundo de la existencia, porque parecería que estoy defendiendo el sufrimiento humano. Sin embargo, estoy seguro de que la ternura, el amor, la solidaridad, la comprensión, la cercanía, la amabilidad, la compasión nacen o se acrecientan como fruto de la prueba superada.

Es posible que la persona se quiebre en el momento de atravesar el combate, pero aún en este caso, pasado el tiempo, la experiencia de la derrota deja el sabor de la humillación beneficiosa, al convertirse en antídoto del orgullo, de la prepotencia, del amor propio y dando posibilidad a la gracia. Para siempre quedan las sentencias bíblicas:

Sus heridas nos han curado (Is 53,5).

Él hiere y venda la herida (Job 5,18).

El Señor Dios me ha dado lengua de iniciado para saber decir al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos; el Señor Dios me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás. Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. No hurté mi rostro a los insultos y salvazos (Is 50,4-6).

LA ESCUCHA

Si escuchas de verdad la voz del Señor tu Dios, cuidando de practicar todos los mandamientos que yo te prescribo hoy, el Señor tu Dios te levantará por encima de todas las naciones de la tierra, y vendrán sobre ti y te alcanzarán todas las bendiciones siguientes, por haber escuchado la voz de Yahveh tu Dios. Benditas serán tu cesta y tu artesa

(Dt 28,1-2.5).

Tengo para mí que parte de la dolencia que arrastra el hombre proviene de la soledad en la que vive, por no tener con quien hablar ni a quién abrir el alma. Los que se dedican a la pastoral de la calle, saben que los vagabundos y marginados agradecen un rato de conversación tanto o más que una ayuda material. Por una parte no tenemos con quién hablar, y por la otra, somos expresión ruidosa.

Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo (Francisco, *MV* 15).

Demasiadas veces somos solo voz que retiñe, eco de un clamor externo, efecto de impactos sociales o culturales, víctimas de los poderes socializadores de las ideas imperantes, pensamientos políticos, ideológicos, sin criterio propio, porque no hemos oído dentro lo que nos dice la Palabra a cada uno de manera personal. Solo cuando se oye algo en el interior se puede pronunciar y defender el mensaje como testigos, y al comunicarlo, en muchas ocasiones, llega también adentro de los que escuchan, pues son expresiones que se dicen con autoridad.

El mal puede venir por no dejar de hablar y no escuchar, como avisa la maestra espiritual:

Mas hay personas, y yo he sido una de ellas, que está el Señor enterneciéndolas y dándolas inspiraciones santas y luz de lo que es todo, y, en fin, dándoles este reino y poniéndolos en esta oración de quietud, y ellos haciéndose sordos (Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección* 31,12).

Jesús tiene entre sus parábolas el símil de la vendimia para hablar de su ofrecimiento abierto a todos. Hoy puedes escuchar la voz del Señor y unirte a los trabajadores de su viña, no importa la hora. Si la escuchas, no endurezcas el corazón. Él pasa por tu vida y, con una mirada compasiva, te invita igual que al de la primera hora.

Para ser capaces de misericordia debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige. De este modo es posible contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida (Francisco, MV 13).

“Busca al Señor mientras se le encuentra”; “invócalo mientras está cerca”. Si tu historia ha sido emancipada, vagabunda, distraída, “vuelve al Señor”, Él es “rico en perdón”. El salmista reza: “El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia”.

Hoy se vive la soledad dramática, porque no es fácil encontrar a quien escuche el corazón, más aún si está herido. ¡Qué diferente es caminar sin sentido de hacerlo por seguir el camino que indica la voz suave en el propio interior!

LUGAR AMIGO

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa

(Jn 12,1-2).

La amistad será siempre el mejor antídoto para momentos duros. La soledad, las lágrimas, la prueba tienen posibilidad de drenaje, y de liberar el corazón de la angustia. Jesús nos demuestra que necesitó a los amigos.

¡Cómo deseo que los años por venir estén impregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios! (Francisco, MV 5).

CONTEMPLACIÓN

Señor, cuando se cierne la noche y tu mente presiente el momento más oscuro y recio de tu vida, quiero ser Betania para ti, quiero ser tu amigo, hombro en el que desahogues el alma; no te dé pudor manifestar el agobio y la tristeza que te embargan.

Siempre me llama la atención que la liturgia escoge el texto evangélico en el que, antes de los días de tu Pasión, te sitúa en la casa de tus amigos. Como si quisiera decirnos la necesidad que siente tu corazón de un espacio acogedor y gratuito.

Sé que también llamas a mi puerta, y aguardas a que te abra, sentado al relente de la noche, en espera paciente; si acierto a abrirte, sé que entrarás y cenarás conmigo. Y me viene a la memoria que pediste a tus íntimos que te acompañaran al Huerto de los Olivos.

Aunque no sepa, Señor, estar a la altura de las circunstancias, aunque no sepa responder a tu invitación de la manera que corresponde, ojalá mi intención sincera te ayude a sentir lo que dice el salmista: “Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo” (Sal 26,3), porque te sabes amado, acompañado y seguido.

No quiero ser pretencioso, y bien conoces lo profundo de mi corazón. No te puedo engañar. Es posible que mi respuesta sea semejante a la del apóstol que sacó su espada en tu defensa, y después te llegó a negar. Pero por el miedo de serte infiel, no quiero privarme de decirte que puedes entrar en mi casa y gozar en lo posible de mi deseo sincero de corresponder a tanta amistad y misericordia como has tenido conmigo siempre.

Tú sabes que no me fío mucho de mis sentimientos y menos si contemplo las escenas evangélicas en las que se describe el clamor entusiasta de los que te aplaudieron el Domingo de Ramos, y después gritaron tu condena. Señor, no permitas que te traicione. Mi confianza está en tu declaración: “Vosotros sois mis amigos”. Acepta hoy mi ofrecimiento.

AMADOS DE DIOS

Dijo Jesús a sus discípulos: “Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor”

Jesús confiesa a sus discípulos el amor con que los ama, amor divino, entrañable, el amor con que Él es amado, el que recibe de su Padre y le ha dado el título de amado de Dios.

Si la fortaleza, el valor y la entrega de Jesús radican en su experiencia de amor, de saberse amado por Dios, éste es el secreto íntimo que nos desvela: “Yo no hago nada por mi propia cuenta, yo hago lo que le he oído a mi Padre” (Jn 8,28). Al recibir nosotros la declaración de Jesús de que somos amados con el mismo amor con que Él lo es, deberíamos reaccionar de manera semejante a la suya, confiados, abandonados en las manos de Dios, pues nosotros también somos, por Cristo, hijos amados. El amor de Dios nos engendra miembros de la familia de Dios, y nos introduce en la intimidad divina.

Jesús nos declara amigos suyos porque ha compartido con nosotros y nos ha entregado todo lo que ha recibido de su Padre. Él nos ha dado a conocer el amor. No ha tenido secretos con los suyos y les ha comunicado todo lo que ha creído que era bueno para ellos. Jesús nos ha hecho partícipes del conocimiento divino, del querer de su Padre, de su voluntad.

Yá no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15,15).

Hasta aquí la reflexión que nos suscita la declaración de amistad de Jesús. Aunque nos cuesta asimilar tanto derroche de generosidad, nos sentimos bien, y siempre es restaurador acoger el abrazo amigo que Él nos ofrece. Mas, en el mismo pasaje en que el Maestro nos desvela el amor que nos tiene, nos manda que nos amemos unos a otros con el mismo amor con que Él es amado, que es el mismo amor que Él nos tiene.

Las relaciones mutuas no deben estar sustentadas en una afectividad natural, más o menos empática, sino en la hondura del amor divino. Jesús nos ha hecho mediación del amor de Dios. “Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15,12). Debemos amarnos en el amor mayor, el amor entrañable, amigo, de Dios.

La señal de los cristianos es el amor mutuo, en la certeza de que aquello que hagamos a un semejante, a Cristo se lo hacemos. Pero no solo Cristo se siente recibido, hospedado, visitado en el prójimo al que atendemos, sino que nuestra actitud es mediación para que

nuestros hermanos sientan la verdad del amor divino. Podemos ser testigos y testimonio del amor de Dios o cabe que dificultemos en nuestras relaciones la transparencia de la identidad cristiana. Pues no solo el prójimo se convierte en sacramento del paso de Cristo por nuestras vidas, sino que nosotros hemos sido constituidos en sacramentos del amor de Dios en la vida de los demás.

En cada uno de estos “más pequeños” está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: “En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor” (Francisco, MV 15).

Cuando nos amamos con el amor de Cristo, nos convertimos en reflejo del misterio mesiánico y signos elocuentes de la identidad de Dios. Dios es amor, y en esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos ama. Así sucedió entre los primeros cristianos, que atraían las miradas de los paganos porque veían su alegría y observaban su amor recíproco.

Puede parecernos una exigencia superior a nuestra capacidad el mandamiento de amarnos como Jesús nos ama, el amor de su Padre. Quizá la dificultad sea porque esta verdad se queda en nuestro discurso. Si tuviéramos auténtica experiencia de amor divino, comprenderíamos la fuerza irresistible que impele a amar.

Dejemos pasar a través nuestro el don del que somos beneficiarios y depositarios, y ya no solo seremos para los demás testigos del amor de Dios, sino que a la vez nos haremos más capaces de recibir, de acoger y de transmitir lo que Cristo nos entrega, el amor de su Padre y su amistad.

EL PERDÓN

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen

(Lc 23,24).

Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia.

(Sal 103,3-4)

Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar

“setenta veces siete” (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete.

(Francisco, EG 2)

Si hay un aceite que cura, un bálsamo que alivia, una posada donde se sana, una relación que transforma es el paso samaritano de quien tiene poder para perdonar en el nombre del Señor. El papa Francisco en la carta encíclica *Laudato si* (LS 91), cita al pobre de Asís: “Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor”.

Gracias al perdón de Dios recibimos el don precioso de su misericordia, y gracias a la misericordia recibida, nos capacitamos para poder perdonar. El papa Francisco nos deja unas hermosas definiciones de la misericordia de Dios:

Es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro. Misericordia: es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida. Misericordia: es la vía que une Dios y el hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados para siempre no obstante el límite de nuestro pecado (MV 2).

Sin embargo, ante el ofrecimiento magnánimo del Señor, es frecuente sentir resistencia al regalo restaurador, bien por desesperanza porque uno se cree sin remedio, bien por inconsciencia de la necesidad que tiene. Y como defensa surgen reacciones complejas, algunas muy duras.

Quienes no perdonan son como los jueces inmisericordes. Quizá arrastran de por vida heridas incurables y se aíslan en sus feudos egoístas. Tienen riesgo de sucumbir ante la tentación del orgullo herido, se condenan al miedo de la venganza, se vuelven suspicaces. Quien no perdona se condena a sí mismo, se esclaviza y queda víctima del odio. Y lo peor es que no podrán convivir ni siquiera con consigo mismos. Hay un dicho que se oye con frecuencia: “Perdono, pero no olvido”. Quien actúa así, es víctima del resentimiento.

Jesús nos ha dejado expresiones lapidarias: “Perdonad y seréis perdonados”. “Tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros”. “El que siembra vientos cosecha tempestades”. “La medida que uséis la usarán con vosotros”. A su vez, Él ofrecerá el perdón: “Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al parálitico: ¡Ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados!” (Mt 9,2). Y regalará a su Iglesia el poder de perdonar: “Recibid el Espíritu

Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos” (Jn 20,23).

En cambio, quienes acogen el ofrecimiento del perdón acceden de nuevo a la casa de Dios, quedan rehabilitados en su identidad filial divina, porque se les hace posible el retorno del exilio y gustan el abrazo entrañable, el regalo del vestido nuevo, la credencial para sentarse al banquete de bodas. Gracias al perdón recibido nos libramos de la mala memoria.

Quien perdona se asemeja a Dios, el único que puede perdonar; siembra su propio futuro esperanzador; acierta a caminar libre de rencor; alcanza la paz; se libra de llevar cuentas; acierta a avanzar sin pesos insoportables, y siembra cosecha de misericordia para sí.

Quien se siente perdonado renace, recupera la alegría, unge su historia de hitos bendecidos, se vuelve magnánimo, ensancha sus entrañas, tiene más posibilidad de ser buen samaritano, vive agradecido y humilde. El perdón posibilita la convivencia:

En la familia se aprende a pedir permiso sin avasallar, a decir “gracias” como expresión de una sentida valoración de las cosas que recibimos, a dominar la agresividad o la voracidad, y a pedir perdón cuando hacemos algún daño. Estos pequeños gestos de sincera cortesía ayudan a construir una cultura de la vida compartida y del respeto a lo que nos rodea (Francisco, *LS* 213).

EL PUERTO FRANCO

Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

(Mt 11,28-29)

No quieras soportar injustamente la sombra de tu historia malversada. No intentes huir de la voz que en lo más profundo de ti te dicta tu conciencia. No te justifiques aplicando sobre tu zona oscura el argumento de tus obras buenas, incluso generosas.

No eres juez y parte de tus días, necesitas que otro te responda, te acoja, te disculpe, te escuche, te objetive, te perdone. Es muy fácil creernos hasta héroes, cuando lo que somos en verdad es solo humanos, vulnerables y frágiles.

¡Cómo descansa el alma cuando sabe que no arrastra las heridas incurables de manera clandestina, sino que alguien las comprende y hasta echa sobre ellas el aceite bueno de la misericordia!

¡Qué distinto es recordar los hitos del camino en los que se gustó el descanso a la sombra de la posada samaritana, de mantener la larga travesía del desierto, sin tregua ni alivio, sino solo sacando por esfuerzo las etapas!

Hoy tienes a tu alcance la oferta generosa, la que acontece en el puerto franco del perdón, donde no se te pide otra cosa que el deseo de iniciar de nuevo la andadura. No temas que te impongan el pago de aranceles portuarios, tan solo se te pide que vacíes tus bodegas del peso clandestino y dejes el lastre que te oprime y dificulta continuar la singladura de la vida.

Este amor se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor. Un amor que se dona gratuitamente. Sus relaciones con las personas que se le acercan dejan ver algo único e irrepetible. Los signos que realiza, sobre todo hacia los pecadores, hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes llevan consigo el distintivo de la misericordia. En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión (Francisco, *MV* 8).

Aquel que dio su vida por nosotros permanece con los brazos abiertos, con sus palmas heridas, para demostrarnos que comprende, por experiencia propia, nuestras llagas. No es bueno el disimulo ni aparentar que se es invulnerable. Si Jesucristo resucitado se muestra con las señales de su Pasión, ¿cómo vas mostrarte exento de arañazos?

No hay mejor posibilidad de curación que cuando se conoce la dolencia, y no hay mayor dificultad de tratamiento que cuando no se acepta la debilidad. Alguien cree que no existe la enfermedad si se silencia, y se engaña.

Hoy, si te dejas curar, echar aceite en tu herida, gustarás el gozo de la Pascua, el que acontece cuando se recibe el beso de la misericordia divina por el que se renace.

PALABRAS DE CONSUELO

Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la

tierra, el tiempo de las canciones es llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra. Echa la higuera sus yemas, y las viñas en ciernes exhalan su fragancia. Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente.

(Cant 2,10-13)

Hay ocasiones que se convierten en tiempo de gracia, de conversión, de experiencia de perdón y de gustar la paz que procede del reencuentro con la misericordia divina.

Cuando nos acercamos a la oración, no siempre lo hacemos por razón angustiosa o por necesidad dramática. Es más, la razón de orar es el Señor, su declaración de amistad, su deseo de tratar con nosotros, de llevarnos a su intimidad, de consolarnos.

La creación entera participa de esta alegría de la salvación: “¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! ¡Prorrumpid, montes, en cantos de alegría! Porque el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido” (Is 49,13) (Francisco, EG 4).

CONTEMPLACIÓN

¡Qué distinto, Señor, es hablar de mí, aunque sea en tu presencia, que hablar contigo y de ti!

¡Qué diferente es permanecer ante ti sin agobio de malos recuerdos, sabiéndome, tan solo, mirado por ti!

No acabo de creer en el proceso, y cada vez que me invitas a entrar a tu espacio de intimidad, me asalta injustamente la sospecha de que no gustaré tu presencia de amigo.

En mi relación contigo, siempre comienzo apesadumbrado por mis faltas, sumido en sombras, y debo reconocer que si permanezco ante ti se supera la noche y se percibe la claridad de la consolación.

Debería grabar en mi memoria que es más importante, siempre, lo que Tú deseas decirme, aun en los momentos más oscuros, que todo lo que yo intento desahogar por impulso psicológico o por la presión de las circunstancias.

Cada vez me confirmo más en que Tú siempre esperas a que me libere de mis miedos y atavismos, para después hacerme percibir en lo más hondo de mí tu presencia consoladora.

Señor, ten paciencia conmigo, porque descubro constantemente que soy un poco víctima de mis ciclos eufóricos y de mi reitero quejumbroso.

Ahora que estoy más tranquilo, te pido, Señor, que Tú seas siempre quien cierre la escena y que me dejes el consuelo de estar juntos, aunque el encuentro lo haya provocado, una vez más, que hayas percibido mi debilidad.

Quiero ir contigo al lugar sereno, donde Tú dejas gustar la paz del alma, la serenidad interior, el gozo profundo, la anchura del corazón, la presencia envolvente.

No te canses de invitarme, aunque yo te responda que no tengo tiempo, y por mi inercia que de distraído en mis quehaceres, con la justificación de que son tareas necesarias. Solo Tú eres necesario.

“Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco”
(Mc 6,31).

LA MISERICORDIA DIVINA

Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios.

(Mt 21,31)

No necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal; no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.

(Mc 2,17)

El papa Francisco, en la bula del Año de la Misericordia, se hace eco de lo que canta el salmista sobre la misericordia de Dios: “Él perdona todas tus culpas, y cura todas tus

dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de gracia y de misericordia” (103,3-4). “El Señor libera a los cautivos, abre los ojos de los ciegos y levanta al caído; el Señor protege a los extranjeros y sustenta al huérfano y a la viuda; el Señor ama a los justos y entorpece el camino de los malvados” (146,7-9).

Nuestro modo de pensar natural tiene en cuenta los méritos históricos de las personas, y cuántas veces, en razón de un apellido noble y por haber desempeñado una función importante, las tenemos en estima, a pesar de un comportamiento dudoso; mientras que aquellas personas que han vivido, por diferentes razones, marginadas, las tenemos siempre en menos, aunque su conducta sea intachable. Sin embargo, para Dios no cuenta la buena fama, sino el corazón.

Tengo el privilegio de escuchar muchos procesos personales y de sentir el gozo interior por el corazón del converso, de quien de manera sorprendente ha cambiado de vida y emplea todas sus energías en vivir según el Evangelio. Confieso que en estos casos me encuentro siempre superado por la generosidad y radicalidad de los que han optado por Dios después de una historia difícil y alejada de la Iglesia.

No vale argumentar que es injusto el proceder de Dios cuando acoge al pecador arrepentido, mientras desecha al que se confía en sus propias fuerzas y se aparta del querer divino. El profeta es contundente:

Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere, muere por la maldad que cometió. Cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida (Ez 18,27).

Cada uno debe comportarse ante la mirada del Señor y no con falsas emulaciones humanas con las que intenta disculpar su conducta porque la hace coincidir con lo culturalmente correcto. San Pablo nos advierte: “No obréis por envidia ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás” (Flp 2,3).

La clave, sin duda, está en el permanente ofrecimiento de Dios de su misericordia; quien se abre a ella, a pesar de su pecado, se regenera y vive; mientras que aquellos que por amor propio y orgullo se quedan bloqueados en su debilidad, porque les parece humillante reconocer su pecado, se hacen un daño terrible.

La Palabra pone en nuestros labios la oración del salmista y en ella vemos que siempre cabe la esperanza del retorno:

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas; no te acuerdes de los pecados ni de las maldades de mi juventud; acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor (Sal 24,6).

Seas quien seas y estés como estés, no te escudes en tu honra para permanecer alejado del perdón. Hoy a todos se nos advierte por un lado, que no debemos vivir de las rentas, y por otro lado, se nos invita a volver, humildes, al abrazo de la misericordia divina.

CONTEMPLACIÓN

¡Qué diferente eres de nosotros, Señor! Cuando nos ofenden, solemos reaccionar de manera violenta y resentida. Nos justificamos en el daño que nos han hecho para legitimar el gesto de enojo, de rechazo, la decisión de mantener enemistad con quien de alguna manera nos hiera. Tú, en cambio, “eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan” (Sal 85,5).

Cuando somos nosotros los que nos vemos frágiles, tentados y consentidores de los halagos egoístas, nos maltratamos y nos hundimos en el abismo del desprecio porque no soportamos la humillación por nuestras caídas. Tú, en cambio, “diste a tus hijos la dulce esperanza de que, en el pecado, das lugar al arrepentimiento” (Sb 12,16).

En un momento de luz, en el caso de reconocer nuestro error y nuestro pecado, nos entra el arrebato y nos precipitamos, ansiosos de resolver la quiebra compulsivamente, de manera semejante a los obreros de tu campo que, al ver crecer la mala semilla, pensaban que lo acertado era arrancarla de inmediato. Y acudieron al dueño a preguntarle: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña? ¿Quieres que vayamos a arrancarla? Pero él les respondió: No, que podríais arrancar también el trigo” (Mt 13,29).

Señor, al comparar nuestras actitudes con las tuyas, vemos un contraste permanente. ¿Qué remedio tenemos? Si nuestra naturaleza es como es, ¿estaremos arrojados no solo a percibir nuestra debilidad sino también a comprobar nuestras reacciones inadecuadas?

Y como si nos estuvieras leyendo el pensamiento, nos respondes por boca del apóstol san Pablo: “El Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables” (Rom 8,26).

Espíritu Santo, ven en ayuda de nuestra debilidad y concédenos la respuesta adecuada cuando nos ofenden, y también cuando somos nosotros los culpables; haz que sepamos reaccionar de la misma manera en que somos tratados por Dios, con misericordia.

Con el salmista, reconozco: “Pero tú, Señor, Dios clemente y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad y leal, mírame, ten compasión de mí”.

EL DON DE LA ALEGRÍA

Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra medida sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca.

(Flp 4,4-5)

La Iglesia nos invita a anunciar el “Evangelio de la alegría”, a cantar el Aleluya como expresión del gozo que nos inunda por saber que Jesucristo ha superado la muerte y vive resucitado. Él es la razón de la fe.

Los creyentes que se adhieren a la verdad fundamental del cristianismo, a la resurrección y a la vida eterna, viven de otra manera la cotidianidad, y aun en los momentos más dramáticos gustan el consuelo interior de la esperanza.

La alegría cristiana es un don del Espíritu Santo, efecto del bálsamo que cura. No se goza de ella porque las cosas salen bien o se tiene éxito en la empresa, sino porque se camina con la certeza teológica de la vida que no acaba, porque Jesucristo ha vencido para toda la humanidad el despotismo de la muerte, y a la muerte misma.

El Aleluya pascual es cántico de alegría porque hemos sido redimidos de nuestros pecados, y se nos ofrece el perdón de todos ellos y de todas nuestras culpas; porque podemos sentirnos y sabernos amados de Dios, tanto que nos dice que desea convertirnos en su morada.

La alegría cristiana se manifiesta en la paz del corazón, que nace de coincidir con la voluntad divina, de la certeza que da la fe en Cristo resucitado, y de la esperanza de que

se cumpla la Palabra, que nos ofrece el consuelo de la misericordia divina.

La alegría se convierte en cántico de alabanza, en actitud positiva y animosa, en apertura hacia quienes tienen necesidad, en serenidad constructiva. Y esto no tiene nada que ver con una extroversión descontrolada ni con un ansia desmedida de consumo.

La alegría del corazón es contagiosa, difusiva, atrae, admira. En un mundo apesadumbrado y violento, la alegría cristiana es evangelizadora, profética y llega a ser un servicio a la sociedad, sobre todo cuando se padece la tentación del escepticismo, por desengaño de las palabras y promesas incumplidas que contienen tantos discursos.

La alegría se instala en el corazón del creyente porque experimenta o ve que se acerca la bendición; porque habita en la presencia divina y celebra el encuentro con el Señor resucitado, vivo.

Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz. Es condición para nuestra salvación (Francisco, *MV 2*).

Jesucristo, como Buen Samaritano, una vez resucitado, derrama sobre los discípulos el Espíritu Santo, quien se deja sentir en el corazón de los fieles por el regalo de los dones de Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad y Temor de Dios.

Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante! (Francisco, *EG 3*)

DON DE SABIDURÍA

(La sabiduría) es un reflejo de la luz eterna, un espejo sin mancha de la actividad de Dios, una imagen de su bondad. Aun siendo sola, lo puede todo; sin salir de sí misma, renueva el universo; en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas, porque Dios no ama sino a quien vive con la Sabiduría.

(Sb 7,26-28)

El don de Sabiduría es ver todo con los ojos de Dios.

(Francisco)

SÚPLICA DEL DON

Jesús, como el ciego de Jericó, te pido ver la realidad como Tú la ves. Al comprobar cómo cada uno de los que has curado de ceguera te confesaron Mesías y Señor, y algunos te siguieron y dieron testimonio de ti a pesar del riesgo que suponía ser de tus discípulos, sé que tu intervención con los invidentes fue más allá de devolverles la visión física de la realidad.

Jesús, como María Magdalena, muchas veces doy vueltas sin parar y no acabo de reconocerte a pesar de tenerte delante en tantas personas y acontecimientos. Y como sucedió con los discípulos de Emaús, cabe que camines a mi lado y te confunda con un cualquiera.

Siempre me sorprenden los relatos de Pascua en los que te haces presente a los tuyos y ellos no te reconocen hasta que les abres los ojos y te profesan como su Señor y su Dios, como hizo santo Tomás.

Señor Jesús, envíame el don de Sabiduría, para que comprenda y reconozca tu paso por mi vida, tantas veces a través de mediaciones humanas, y que por ofuscación o falta de luz teológica entiendo y valoro con mi visión intrascendente.

¡Qué distinto es saber interpretar todo a la luz del don de Sabiduría! Para quien tiene los ojos abiertos por el Espíritu nada es casual, ni carente de sentido, todo tiene un valor trascendente, todo sabe a Dios, ¡todo lleva a Él!

Necesito tu luz en mis ojos, Señor, para que hasta lo más opaco lo sepa ver como luminoso. Como los artistas que ven en la materia la virtualidad de la belleza, el volumen capaz de revelar una escultura preciosa, que sepa yo ver el amor divino que me rodea en todo lo que acontece.

Los ojos y la mirada de quien tiene el don de Sabiduría son transparentes, brillantes, limpios, sagaces, intuitivos, amorosos, confiados; ven y creen; ven y perciben; ven y se compadecen; ven y se hacen conscientes de la presencia divina que lo penetra todo, lo invade todo, lo envuelve todo.

Señor, derrama sobre nosotros tu Espíritu de Sabiduría, para que caminemos a la luz de tu rostro, y sepamos avanzar por el camino luminoso que nos dicta la Sabiduría divina, que no es otro que el camino de la Cruz.

"Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (1Cor 1, 23-24).

"Aquí viene bien el acordarnos cómo lo hizo con la Virgen nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al ángel: ¿Cómo será esto? En diciéndole: El Espíritu Santo sobrevendrá en ti; la virtud del muy alto te hará sombra, no curó de más disputas. Como quien tenía tan gran fe y sabiduría, entendió luego que, interviniendo estas dos cosas, no había más que saber ni dudar. No como algunos letrados..." (Santa Teresa, *Conceptos del amor de Dios* 6,7).

¡Ven, Espíritu Santo, y concédenos el don de Sabiduría!

DON DE ENTENDIMIENTO

Si la inteligencia es creadora, ¿quién sino la Sabiduría es el artífice de cuanto existe? ¿Amas la justicia? Las virtudes son sus empeños, pues ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza: lo más provechoso para el hombre en la vida.

(Sb 8,6-7)

El don de Entendimiento "nos hace capaces de escrutar el pensamiento de Dios y su plan de salvación"

(Francisco).

SÚPLICA DEL DON

¡Qué fácil es equivocarse y hacer de la propia voluntad la razón de actuar, cuando tantas veces nos regimos por lo más inmediato, afectivo y sensible o

por lo económico!

¿Cómo lograr, Señor, conformar la vida con tu querer y con tu plan de salvación? ¿Cómo ser colaborador de tus designios de amor, de tu voluntad salvadora para con todos los hombres?

¡Es tan fácil llevar el agua al molino propio, justificándonos en ideologías, códigos, leyes e intereses! En cambio, quienes poseen el don de Entendimiento aciertan a no tener otro querer que el querer divino, y a poner siempre la voluntad de Dios por encima del propio deseo.

Me descubro un tanto primario, llevando a cabo lo que me gusta, por lo que siento atractivo, cuando quizá debería pararme a pensar si es eso lo que quiere el Señor de mí. ¡Cómo ilumina la forma de actuar de quienes no se dejan llevar por los afectos, ni por la coincidencia ideológica, sino que intentan ser consecuentes con lo que juzgan más recto y justo!

Hay un modo de actuar que procede del Espíritu, que es abrazar los acontecimientos como portadores de semillas divinas. Solo quien tiene el don de Entendimiento lo descubre y aprecia, hasta el extremo de que eleva la historia, todo lo que sucede, a una dimensión superior y trascendente, y no queda atrapado por la fatalidad, o el accidente, sino que todo le sabe a Dios. Y no porque todo sea bueno, sino porque todo lo interpreta como posibilidad teologal, circunstancia propicia para hacer el bien.

El don de Entendimiento se aparta del dogmatismo ideológico, de la cerrazón partidista, de la ceguera afectiva, de la sinrazón emotiva, de la memoria herida, de la obsesión moralista, y se abre en todo, al menos a un quizás, a una pregunta, que le lleva a comprender lo que Dios quiere.

El don de Entendimiento da fuerza para abandonar, si es preciso, el propio criterio por seguir lo que se discierne que es de Dios; hace posible superar el propio querer, para pedir, sin miedo, que se haga lo que Dios quiere. Conduce al abandono de la propia voluntad en la voluntad divina, sabiendo que con ello no se evade de la responsabilidad, sino que se colabora del mejor modo con la vocación a la que se es llamado.

A veces cabe confundir lo material con lo espiritual y al revés, con capa de inteligencia. Dice Jesús: "¿También vosotros estáis todavía sin inteligencia? ¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca pasa al vientre y luego se

echa al excusado? En cambio lo que sale de la boca viene de dentro del corazón, y eso es lo que contamina al hombre" (Mt 15, 16-18).

Porque les parece que como esta obra toda es espíritu, que cualquier cosa corpórea la puede estorbar o impedir; y que considerarse en cuadrada manera, y que está Dios de todas partes y verse engolfado en Él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece a mí, algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo y que entre en cuenta este divino Cuerpo con nuestras miserias ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir" (Santa Teresa, *Vida* 22,1).

¡Espíritu Santo, concédenos el don de Entendimiento!

DON DE CONSEJO

Mas no es sabiduría el conocimiento del mal, no está en el consejo de los pecadores la prudencia. Hay un saberlo todo que es abominación, es estúpido el que carece de sabiduría. Más vale ser vacío de inteligencia y lleno de temor, que desbordar prudencia y traspasar la ley.

(Eclo 19,22-24)

Por el don de Consejo, el Espíritu "ilumina nuestro corazón y nos hace comprender el modo justo de hablar y de comportarse, el camino a seguir"

(Francisco).

SÚPLICA DEL DON

¡Cómo necesitamos el equilibrio en el hablar y en el callar! De ello depende que se haga bien o que se hiera y hasta se mate. Las palabras pueden edificar o destruir. Quien ha recibido el don de Consejo edifica, construye, toma decisiones correctas, guarda la equidistancia justa ante los problemas sin inclinarse de manera partidista.

El don de Consejo libera de los posibles chantajes, de las insinuaciones tendenciosas, de los prejuicios, de las ideas preconcebidas, de las afecciones interesadas, y concede la libertad para actuar según Dios.

Dicen que los santos hablaban con Dios o de Dios, y que la razón de hablar o de callar no debiera ser otra que el amor. Quien habla por desahogo y quien calla por enfado no actúa con el consejo del Espíritu, que es amor.

Cuando se debe tomar una decisión importante, normalmente se acude a personas amigas para objetivar la determinación. Sin evitar el consejo de los maestros, la fe nos lleva al mejor recurso: acudir al Espíritu Santo, Consejero y Amigo del alma.

Es muy fácil equivocarse en lo que se refiere a decisiones significativas que implican despojo. La naturaleza tiende a la conservación y dicta desde una sabiduría biológica la elección determinante, aquello que va mejor con el deseo afectivo natural. El Espíritu, por el don de Consejo, puede, sin embargo, dictar opciones aparentemente contrarias al deseo, como es iniciar o continuar unos pasos evangélicos.

El Evangelio tipifica como contrarios lo que dictan la carne y la sangre, y lo que dice el Espíritu. Y de ello depende que el fiel avance por el sendero según Dios o que se estanque en la mediocridad.

Es bueno acudir a los maestros espirituales y seguir los consejos de quienes son mediación providente en el camino. La Iglesia, en los momentos trascendentes, pide la ayuda del Espíritu Santo para que sean sus inspiraciones las que muevan la mente y el corazón de quienes tienen responsabilidad.

El Espíritu instruye a los que se le encomiendan y aun de noche aconseja a sus fieles. Así sabemos que le sucedió a José, el esposo de María, cuando de noche, en sueños, se le aconsejaba qué pasos debía dar.

En momentos cruciales, santa Teresa acude a los consejeros, aunque a quien tiene por verdadero Consejero es al Señor. "También me mandan, si se ofreciere ocasión, trate algunas cosas de oración y del engaño que podría haber para no ir más adelante las que la tienen. En todo me sujeto a lo que tiene la madre santa Iglesia romana, y con determinación que antes que venga a vuestras manos, hermanas e hijas mías, lo verán letrados y personas espirituales" (Fundaciones, Prólogo 6).

¡Espíritu Santo, concédenos el don de Consejo!

DON DE FORTALEZA

A ti, Señor, me acojo: sé la roca de mi refugio, un baluarte donde me salve, Tú que eres mi roca y mi baluarte; por tu nombre dirígeme y guíame: sácame de la red que me han tendido, porque tú eres mi amparo. Sé para mí una roca de refugio, alcázar fuerte que me salve; pues mi roca eres tú, mi fortaleza, y, por tu nombre, me guías y diriges.

(Sal 30,2-4)

Con el don de Fortaleza el Espíritu Santo nos libera el terreno de nuestro corazón.

(Francisco)

SÚPLICA DEL DON

La fortaleza que concede el Espíritu es interior; no se trata de tener carácter áspero, dominante, fuerte, aguerrido, luchador y violento, sino de tener una serena convicción de que se está defendido por el Señor, y esta convicción proviene como gracia del Espíritu.

El fuerte en el Espíritu no se arredra ante las dificultades ni se echa atrás ante los problemas; sabe esperar, tiene paciencia, su seguridad está puesta en el Señor a quien tiene como roca, fortaleza, escudo, baluarte, refugio; y por eso no teme.

Una de las zonas más vulnerables de la persona es el corazón, y quienes tienen miedo de quedar indefensos, a veces se convierten en personas ariscas, mientras que aquellos que poseen el don de Fortaleza, a la vez que son recios, son suaves y no huyen de la relación, sino que saben permanecer serenos, al tiempo que sensibles.

La fortaleza es un don especialmente necesario en tiempos duros, porque ante la intemperie que se puede sufrir especialmente en las relaciones humanas, cabe el argumento de la debilidad, del miedo, y atrincherarse en los refugios insolidarios.

El que es fuerte en el Señor, no alardea, ni se expone de manera imprudente, pero tampoco se amilana ni se echa atrás, sabe de Quién se ha fiado y su fuerza y su poder le vienen del Señor. Lo vemos en personas muy frágiles físicamente y, en cambio, fieles, constantes, animosas, comprometidas en las tareas del Evangelio.

Necesitamos el don de Fortaleza del Espíritu Santo para no ser pretenciosos ni pusilánimes; para no ser imprudentes ni timoratos; para no ser temerarios ni prevenidos. El que confía en el Señor, en su Espíritu, sabe arriesgar la vida, sin ser por ello inconsciente ni prepotente.

Solo por el don que Jesús resucitado entregó a los discípulos, se comprende la transformación que experimentaron: de estar encerrados y ser escépticos y desanimados, se convirtieron en testigos firmes, capaces de afrontar incluso la cárcel y hasta el martirio.

Es conocida la expresión poética teresiana:

No haya ningún cobarde,
aventuremos la vida,
pues no hay quien mejor la guarde
que el que la da por perdida.
Pues Jesús es nuestra guía,
y el premio de aquesta guerra
ya no durmáis, no durmáis,
porque no hay paz en la tierra
(*Poesías* 29).

Espíritu Santo, derrama en nosotros tu don de Fortaleza, defiéndenos de nosotros mismos, de nuestros fantasmas y mitificaciones negativas, de nuestra mala memoria que utilizamos tantas veces como argumento preventivo por no atrevernos a comenzar de nuevo.

¡Ven, Espíritu Santo, y concédenos el don Fortaleza!

DON DE CIENCIA

Son necios por naturaleza todos los hombres que han ignorado a Dios y no han sido capaces de conocer al que es a partir de los bienes visibles, ni de reconocer al artífice fijándose en sus obras, sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire ligero, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa| y a los luceros del cielo, regidores del mundo. Si, cautivados por su hermosura, los creyeron dioses, sepan cuánto los aventaja su Señor, pues los creó el mismo autor de la belleza. Y si los asombró su poder y energía, calculen cuánto más poderoso es quien los hizo, pues por la grandeza y hermosura de las criaturas se descubre por analogía a su creador.

(Sab 13, 1-5)

El don de Ciencia “nos lleva a captar, a través de la creación, la grandeza y el amor de Dios”.

(Francisco)

Es principio de sabiduría conocer al Creador a través de las criaturas, es principio de discernimiento que por los frutos se conoce el árbol, es principio filosófico que por los efectos se averigua la causa. Sin embargo, el don de Ciencia no se alcanza por deducciones sino por vía de contemplación; es regalo que concede el Espíritu, y por él se adquiere una mirada teologal para valorar en la realidad material la huella divina. Pascal afirmó: “El corazón tiene razones que la razón desconoce”.

Muchos científicos han llegado a confesar su fe en el Hacedor del universo, accediendo a la verdad fundante de todo lo que existe por la contemplación tanto del orden de los astros, como de la vida en el microcosmos. Johannes Kepler fue uno de los mayores astrónomos; de él son estas frases:

Dios es grande, grande es su poder, infinita su sabiduría. Alábenle, cielos y tierra, sol luna y estrellas con su propio lenguaje. ¡Mi Señor y mi Creador! La magnificencia de tus obras quisiera yo anunciarla a los hombres en la medida en que mi limitada inteligencia puede comprenderla.

Sin necesidad de acudir a los científicos que llegan a admitir la existencia de Dios, con nuestra sola razón, cabe, por vía de la naturaleza, del cosmos, de la bondad humana, observar la belleza, el orden, la armonía, e intuir la existencia de un Ser supremo que lo sostiene todo, lo invade todo, lo penetra todo.

El poeta, el místico, el artista, dotados por regalo espiritual de la auténtica ciencia, saben leer la revelación divina que contiene el lenguaje, el interior del corazón, la materia. La ciencia verdadera, la que procede del Espíritu, sabe cantar las grandezas del Señor, proclamar sus maravillas, que realiza de manera espléndida, muchas de ellas en el interior del alma.

San Juan de la Cruz nos dejó su *Cántico espiritual*:

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras, de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.
Respuesta de las criaturas:

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura,
e, yéndolos mirando,
con sola su figura,
vestidos los dejó de su hermosura (4.5)

Santa Teresa de Jesús: “Aprovechábame a mí también ver campo o agua, flores. En estas cosas hallaba yo memoria del Criador” (*Vida* 9, 5).

El universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo. Entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro del pobre. El ideal no es solo pasar de lo exterior a lo interior para descubrir la acción de Dios en el alma, sino también llegar a encontrarlo en todas las cosas, como enseñaba san Buenaventura: “La contemplación es tanto más eminente cuanto más siente en sí el hombre el efecto de la divina gracia o también cuanto mejor sabe encontrar a Dios en las criaturas exteriores” (Francisco, *LS* 233).

SÚPLICA DEL DON

Espíritu Santo infúndenos la mejor ciencia, la que llega a conocer y a reconocer al Autor de todo lo que existe, que nos mueva a exaltar y a cantar las obras de Dios, como hicieron los tres jóvenes de Babilonia: “Criaturas todas del Señor: bendecid al Señor”; como hizo María, la madre de Jesús, al entonar el himno: “Proclama mi alma la grandeza del Señor”. San Francisco

Asís, el hermano universal, nos dejó el cántico de las criaturas: “Alabado seas, mi Señor, en todas tus criaturas, y especialmente en el hermano sol...”

¡Ven, Espíritu Santo, y concédenos el don Ciencia!

DON DE PIEDAD

(La sabiduría) aun siendo una sola, todo lo puede; sin salir de sí misma, todo lo renueva y, entrando en las almas buenas de cada generación, va haciendo amigos de Dios y profetas. Pues Dios solo ama a quien convive con la sabiduría

(Sb 7,27-28).

El don de Piedad “es sinónimo de amistad con Dios”

(Francisco).

Si recordamos lo que santa Teresa dice acerca de lo que es para ella la oración, pronto descubrimos en qué consiste el don de Piedad. Para la maestra espiritual:

No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama (Vida 8, 5).

El Espíritu Santo es el Amigo del alma y el verdadero maestro espiritual, porque nosotros no sabemos pedir como nos conviene.

El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones, conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios (1Co 8,26-27).

Jesús nos declara amigos suyos, y esta relación se consolida por el Espíritu que nos da. Sin Él no podríamos tener la seguridad de corresponder de manera adecuada a la declaración del Maestro.

¡Qué distinto es tener una relación con un ser superior, desconocido, vigilante, terrible, que celebrar una relación amiga, entrañable, íntima! El Espíritu Santo, con el don de

Piedad, nos regala la posibilidad de tener a Dios por amigo.

Quienes nos dan testimonio de haber sido fieles a la amistad con Jesús, nos certifican la fuerza, el ánimo, el acompañamiento que se experimenta cuando se da fe a la sorprendente declaración del Señor: “Vosotros sois mis amigos”.

Quizá nos retrae el condicional de la frase evangélica, “si hacéis lo que yo os mando”. Un amigo estudioso de las lenguas bíblicas me explicó que en el original no existe el condicional, sino la propuesta: “Vosotros sois mis amigos, cumpliendo mis mandamientos”. Tenemos la llave del corazón del Señor.

¡Cómo necesitamos el don de Piedad! ¡Cómo nos ayuda saber que no estamos solos! ¡Cómo se agradece la amistad gratuita! En estos momentos en los que no convencen los discursos programáticos, sino que se impone la inteligencia emocional de la vida, la declaración de Jesús, con la promesa del don del Espíritu, nos permite avanzar por la vida, no como francotiradores titánicos, ni como ciudadanos escépticos, sino como sus amigos. Esta fue la llamada que recibió san Ignacio de Loyola. La santa de Ávila nos revela el secreto de su fidelidad:

Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero (*Vida* 22, 6).

SÚPLICA DEL DON

Espíritu Santo, no permitas que seamos insensibles al amor recibido y danos también la capacidad de devolver amor, pues de bien nacidos es ser agradecidos. "Pues quiero concluir con esto: que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene; que amor saca amor" (Santa Teresa, *Vida* 22,14).

¡Ven, Espíritu Santo, y concédenos el don de Piedad!

DON DE TEMOR DE DIOS

Toda sabiduría es temor del Señor, y en toda sabiduría se practica la ley

(Eclo 19,20).

A la hora de intentar entender las Escrituras, a veces tenemos que recurrir a nuestras expresiones y al significado que damos a las palabras. En muchos casos deberemos hacer una salvedad, porque nuestra manera de explicar el misterio divino es por aproximación, con un lenguaje que corre el riesgo de homologar la verdad de Dios con nuestras categorías humanas, cuando en el mejor de los casos es una comprensión limitada, a través de figuras análogas.

Si a la hora de comprender el amor de Dios conviene interpretarlo en el contexto bíblico y no proyectar sobre él nuestras formas limitadas de amar, en el caso del don de Temor de Dios también nos puede traicionar el lenguaje, porque no se trata de temer a Dios, de tenerle miedo, de huir de él por sentirnos amenazados, perseguidos y vigilados, sino todo lo contrario. Es temernos a nosotros por no ser conscientes del amor que Dios nos tiene. Es ser lúcidos y vivir en la presencia amorosa del Señor, sin caer en la desidia y en el acostumbamiento, sino permaneciendo en vela, atentos por sabernos amados.

En varias ocasiones, ante los discípulos sobrecogidos en el Monte Alto o en las distintas apariciones después de resucitar, Jesús les dirige la palabra con la máxima ternura, para sacarles del miedo y hasta del pánico. “No temáis” (Mt 28,10). “No temáis, soy yo” (Jn 6,20). “¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?” (Mt 8,26). “¡Ánimo!, que soy yo; no temáis” (Mt 14,27).

Los que han tenido experiencia de Dios, nos muestran una relación de confianza, de máxima delicadeza con Él. Ya en el Antiguo Testamento, el profeta percibió el paso del Señor en la brisa suave y no en el terremoto, ni en el huracán, ni en el incendio. Santa Teresa nos asegura:

Cuando os quisieren dar una cosa muy honrosa, o cuando os incite el demonio a vida regalada, o a otras semejantes cosas, temed que por vuestros pecados no lo podréis llevar con rectitud; y cuando hubiereis de padecer algo por nuestro Señor o por el prójimo, no hayáis miedo de vuestros pecados. Con tanta caridad podríais hacer una obra de éstas, que os los perdonase todos, y de esto ha miedo el demonio, y por esto os los trae a la memoria entonces. Y tened por cierto, que nunca dejará el Señor a sus amadores, cuando por solo Él se aventuran (Conceptos del amor de Dios 3,7).

SÚPLICA DEL DON

Espíritu Santo, concédenos el don de Temor de Dios por el que siempre nos mantengamos conscientes de nuestra fragilidad y seguros de tu misericordia. Porque cabe que se instale en nosotros un temor injusto, que nos infunde el Tentador y que nos impide acogernos siempre a la misericordia divina.

Con santa Teresa de Jesús reconocemos tu acción: "Porque, si siempre pedís a Dios lo lleve adelante y no fiáis nada de vosotras, no os negará su misericordia; si tenéis confianza en Él y ánimos animosos que es muy amigo Su Majestad de esto, no hayáis miedo que os falte nada" (*Fundaciones* 27,12).

¡Ven, Espíritu Santo, y concédenos el don de Temor de Dios!

EXPERIENCIA DE INTIMIDAD

Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios

(Lc 6,12).

La vida es en muchas ocasiones experiencia de desierto, tiempo de adentrarse en lo más profundo de uno mismo y de descubrir al mismo tiempo las sombras, las llamadas más nobles de Dios, las insinuaciones reiteradas del Espíritu. En ese espacio en que se está a solas con el Señor, aunque pueden surgir impresiones encontradas, sin embargo, Él se deja sentir y, aunque la experiencia sea de combate, deja en el alma la certeza de la presencia divina, como le sucedió a Jacob: "Despertó Jacob de su sueño y dijo: ¡Aquí está el Señor, en este lugar y yo no lo sabía! Y asustado, dijo: ¡Qué temible es este lugar!" (Gn 28,15). Y en otro momento de la historia del patriarca:

Cuando Jacob se quedó solo, un hombre luchó con él hasta el amanecer; pero como el hombre vio que no podía vencer a Jacob, le golpeó en la coyuntura de la cadera, y esa parte se le dislocó a Jacob mientras luchaba. Entonces el hombre le dijo: Suéltame porque ya está amaneciendo. Jacob respondió: No te suelto hasta que no me hayas bendecido (Gn 32,24-31).

Y cabe que entables tú también el combate espiritual, que te dejará para siempre la herida de la necesidad de Dios.

CONTEMPLACIÓN

Cuántas veces, Señor, me asalta el miedo de hacer la ley a mi medida, de crearme dueño de mi conducta y de legitimarla, trayendo como razón el comportamiento de los demás. No comprendo que coexistan en mí lo más sublime y lo más bajo.

Hay momentos en que no sé, en verdad, quién soy, si el que profesa que Tú eres el Señor de mi vida, o aquel que se erige, pretenciosamente, como señor de su historia y de su conducta.

Se hace muy duro convivir con tanta pobreza, mayor, si cabe, por haber sentido tantas veces tu gracia y el don de la experiencia sensible de tu amor, datada históricamente como providencia.

Se hace insoportable vivir al antojo del deseo, víctima de mis sentimientos, nostálgico de afectos, al mismo tiempo que escéptico de lo que dan de sí las cosas, y también de muchas relaciones personales.

Sé que, si me enorgullezco por el favor que recibo en razón de mi trabajo bien hecho, me apropio de lo que no es mío. Y si me hundo en mi debilidad, desesperanzado, sé que doy paso a la mayor expresión de mi orgullo, además de dejar paso a desconfiar de tu amor.

Señor, no sé salir solo de tanto enredo, cuando, además, es algo crónico. Confiando, una vez más, en tu palabra sobre el perdón, que ofreces setenta veces siete, te invoco, pero aún esta reacción la juzgo viciada por si no es del todo sincera sino sentimental.

Te pido misericordia. Señor, ten piedad de mí. Tú sabes que soy pecador, perdóname.

UNGIDOS

La belleza, que en Oriente es uno de los nombres con que más frecuentemente se suele expresar la divina armonía y el modelo de la humanidad transfigurada, se muestra por doquier en las formas del templo, en los sonidos, en los colores, en las luces y en los perfumes. Para la experiencia cristiana, todas las criaturas del universo material encuentran su verdadero sentido en el Verbo encarnado, porque el Hijo de Dios ha incorporado en su persona parte del universo material, donde ha introducido un germen de transformación definitiva (Francisco, LS 176).

El Espíritu Santo que conduce los pasos de los creyentes para que cooperen en la obra de salvación realizada por Cristo, sea guía y apoyo del pueblo de Dios para ayudarlo a contemplar el rostro de la misericordia (Francisco, MV 4).

COMPADECIDOS

Se fue a una ciudad llamada Naím, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: “No llores”

(Lc 7,11-13).

Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de los interlocutores y respondía a sus necesidades más reales. Cuando encontró a la viuda de Naím, que llevaba a su único hijo al sepulcro, sintió gran compasión por el inmenso dolor de la madre en lágrimas, y le devolvió a su hijo resucitándolo de la muerte (Cf. Lc 7,15) (Francisco, MV 8).

Quizá ahora comprendes mejor el sentido de la prueba y del sufrimiento, y las palabras de las Escrituras: “Me estuvo bien el sufrir, así aprendí a obedecer”. Es muy significativo el caso del endemoniado de Gerasa, aquel que deseó seguir a Jesús, pero el Maestro le propuso que se quedara en tierra de paganos, para que diera testimonio de lo que le había sucedido.

Después de haber liberado el endemoniado de Gerasa, le confía esta misión: “Anuncia todo lo que el Señor te ha hecho y la misericordia que ha obrado contigo” (Mc 5,19) (Francisco, *MV* 8).

Fíjate, por ejemplo, en el ciego de Jericó, quien una vez que recobró la vista, se convirtió en discípulo de Jesús, ejemplo de seguimiento, pues lo acompañó hasta Jerusalén, donde iban a tener lugar los acontecimientos de la Pasión (Mc 10,46-52). Recuerda a aquel leproso samaritano, que al verse limpio, volvió agradecido y reconoció a Jesús como a Hijo de Dios, postrado a sus pies (Lc 10,17).

Si tú haces memoria de las veces que el Señor, con su gracia, ha tenido piedad de ti y ha derramado su misericordia sobre las dolencias de tu alma, desde tu infancia hasta hoy, es posible que surja también dentro de ti el deseo magnánimo y compasivo de comprender a los que andan caídos; de perdonar las faltas que observas en los demás; de ayudar a los más débiles; de escuchar a quienes necesitan desahogar el corazón; de acompañar a los que ves más solos; de mirar con respeto a las personas; de atreverte a extender tu mano compasiva a tantos que, de manera quizá clandestina, por miedo a ser juzgados, andan perseguidos por sus sombras, sin alivio.

¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Ante el mal cometido, incluso crímenes graves, es el momento de escuchar el llanto de todas las personas inocentes depredadas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma. Permanecer en el camino del mal es solo fuente de ilusión y de tristeza. La verdadera vida es algo bien distinto. Dios no se cansa de tender la mano. Está dispuesto a escuchar, y también yo lo estoy, al igual que mis hermanos obispos y sacerdotes. Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia (Francisco, *MV* 20).

Cómo me duele la posibilidad de representar a aquel criado injusto, a quien el rey le perdonó toda su deuda y que al salir y ver a un compañero que le debía un poco de dinero, lo cogió del cuello, reclamándole lo debido, cantidad insignificante comparada con la deuda condonada.

Creemos que es mejor no tener heridas, ni motivos para que nadie nos tenga que perdonar, pero desde que Jesucristo resucitado se presenta glorioso a sus discípulos, a la vez que les enseña las señales de los clavos en sus manos, pies y costado, no es tan evidente que sea mejor ser invulnerable que herido. Desde la luz de Cristo glorioso y

traspasado, que muestra sus palmas heridas como señal de paz, me atrevo a interpretar que la participación en los sufrimientos de Cristo se convierte en profecía de gloria.

Si tus heridas se transforman en señales luminosas en vez de ser estigmas que vas arrastrando, has recibido en verdad la mejor unción y tienes la llamada a ser palabra sabia, gesto magnánimo, desprendido, incluso, de su efecto. Como el anciano que pone al servicio de los más jóvenes su experiencia sin afán de dominar, te conviertes en maestro. De nuevo traemos a la memoria la invitación del papa Francisco:

Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio (MV 15).

Si has sido herido, si estás lastimado y resentido, confía en el Señor, porque Él te llevará a la posada, de la que saldrás rico en misericordia. Mas, si has sido ya curado, no te olvides de los que pasan por la prueba de aquellos sufrimientos, de los que tú has sido librado, y conviértete en mano tendida, en compañero de camino, no importa que sea de manera anónima y discreta, pero solidario con los que sufren junto a ti.

No hay vocación más elevada que la de compadecer con los que sufren. A María, la Madre de Jesús, se le concedió ser la Corredentora, y la invocamos como Auxilio, Socorro, Medianera de gracia, Puerto franco, Posada santa, Madre de Misericordia.

Después del pecado de Adán y Eva, Dios no quiso dejar la humanidad en soledad y a merced del mal. Por esto pensó y quiso a María santa e inmaculada en el amor (cfr Ef 1,4), para que fuese la Madre del Redentor del hombre (Francisco, MV 3).

RESTABLECIDOS POR LA UNCIÓN DEL ESPÍRITU

Tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes.

(1Pe 3,8)

Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva.

(Francisco, EG 24)

Una persona que ha sido ungida por el Espíritu es orante. El Espíritu Santo es el Maestro de oración que ora dentro de nosotros como conviene.

Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables (Rm 8,26).

La oración es para santa Teresa de Jesús trato de amistad. El Espíritu regala el don de Sabiduría, y a quienes lo reciben los va haciendo amigos de Dios y profetas.

Quien se ha dejado curar por el bálsamo de la misericordia es compasivo. El Espíritu Santo concede el don de compadecerse. Es amante de los pobres, y tienen entrañas con los necesitados.

Una persona espiritual es artesana, artífice de espacios habitables, acogedores, entrañables, y se convier te en samaritana, bálsamo y aceite en las heridas de muchos.

Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad. Somos nosotros los primeros interesados en dejar un planeta habitable para la humanidad que nos sucederá (Francisco, *LS* 160).

Sabemos que hemos sido restablecidos del todo, si obedecemos al Espíritu Santo. “Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen” (Hch 5,32).

Quien sale de la posada samaritana restablecido es confiado, paciente, se mantiene siempre en esperanza, porque tiene la certeza de haber sido curado por el Espíritu Santo.

La alegría, en quien la vive aun en los momentos de prueba, es señal de persona espiritual, a la manera de María, la Madre de Jesús, quien se alegra en el Espíritu del Señor al tiempo de vivir la humillación.

Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; sino que recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con Él, para ser también con Él glorificados (Rm 8, 15-17).

Quienes han recibido el Espíritu, le dejan actuar, son personas amables, serenas, optimistas, se saben en manos de la Providencia, son agentes de unidad, de comunión, se saben pertenecientes a la Iglesia, y tienen gestos fraternos y solidarios.

Los que son fieles al Espíritu se alimentan de las Escrituras Sagradas porque en ellas descubren la revelación del Santo Espíritu.

ESPIRITUALES

Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos

(Col 3, 12-15).

La persona espiritual es sensible, aprecia la creación, respeta el medio ambiente, valora el trabajo y la dignidad de las personas, y es creativa. El Espíritu Santo es el Espíritu Creador.

La actitud básica de autotranscenderse, rompiendo la conciencia aislada y la autorreferencialidad es la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo. Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad (Francisco, *LS* 208).

Una persona espiritual es abierta, relacionada, descentrada de sí, a la manera del Espíritu Santo, relación esencial de amor entre el Padre y el Hijo.

Los espirituales cristianos son esencialmente trascendentes, no quedan sujetos ni esclavizados a las cosas de este mundo, ni su sensibilidad procede de la carne y de la sangre, sino del Espíritu.

El fin último de las demás criaturas no somos nosotros. Pero todas avanzan, junto con nosotros y a través de nosotros, hacia el término común que es Dios, en una plenitud trascendente donde Cristo resucitado abraza e ilumina todo. Porque el ser humano, dotado de inteligencia y de amor, y atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador (Francisco, *LS* 83).

Una persona espiritual gusta la unidad interior, es dueña de sí, ama el orden, valora la belleza, descubre la huella de Dios en todo, goza el don de la paz, porque se siente defendida por el mejor Abogado, el Espíritu Santo.

La persona espiritual es sagaz, intuitiva, profética, se adelanta a los tiempos, es signo visible de la acción del Espíritu, del amor de Dios, es magnánima, sabe perdonar, porque se ha sentido perdonada gracias al don del Resucitado que entregó el Espíritu y con Él, el poder de perdonar.

Una persona espiritual reconoce sus dones, no con vanidad sino con verdad, que es humildad, y los pone al servicio de todos porque sabe que son regalos del Espíritu Santo. Es discreta, sobria, humilde, a la manera del Espíritu, que es como el viento que nadie sabe de dónde viene ni a dónde va.

La persona espiritual se sabe fuerte en la debilidad, no se arredra en las luchas, ante la dificultad no teme, en la prueba sabe que no será probada más de lo que pueda soportar, y cuenta con la ayuda del Espíritu, que “viene en ayuda de nuestra flaqueza” (Rm 8,26).

Encontrar a una persona espiritual es un regalo del Espíritu, un don precioso. Tiene la palabra justa, da el consejo oportuno, posee el don de discernimiento, no se deja llevar de ideologías o de partidismos sectarios, con su modo de vida indica el camino de perfección, y si se convierte en amigo, se ha encontrado un tesoro.

AGRADECIDOS

“Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo”.

(Ef 5,19-20)

Gracias porque estás con nosotros todos los días.

(Francisco, LS 246)

Quizá es como un ciclo permanente lo que sucede en la experiencia humana que, ante el sentimiento de pobreza y de debilidad, se lanza el grito de auxilio en la oración, y al sentir, después, la fidelidad divina y su misericordia, surge la reacción agradecida.

Es justo, si se ha elevado la súplica en tiempo de inclemencia, manifestar el agradecimiento en la experiencia de favor. Y como reconocimiento, quien se ha sentido acompañado y perdonado, entona la acción de gracias.

Al comprobar, una vez más, que Dios mantiene su Palabra que es fiel y siempre está dispuesto a acoger al que retorna humilde y desea acogerse a su misericordia, nace la alabanza, no por buena educación, sino por amor. “Amor saca amor”, dirá santa Teresa de Jesús.

Sobreponiéndose a la mala memoria, se instala, como de nuevas, la percepción de la paz interior, la alegría, el agradecimiento, y brota el cántico de María:

Gracias, Jesús, porque por tu humillación, todos los que se sienten descartados y marginados recuperan en sus rostros tu presencia.

Gracias, Jesús, porque te hiciste como un hombre cualquiera, y al ser tratado como malhechor, nadie pierde su dignidad.

Gracias, Jesús, por tomar nuestra naturaleza herida, porque en ti nuestros pecados son perdonados.

Gracias, Jesús, porque al ser despreciado y tenido en nada, quienes sufren por descartes o marginación, tienen en ti un compañero inseparable.

Gracias, Jesús, porque al soportar la traición y negación de tus discípulos, te has hecho solidario de tantos que sufren por la infidelidad de los propios.

Gracias, Jesús, porque al cargar con la cruz, ya no hay circunstancia adversa que no pueda convertirse en ofrenda de amor.

Gracias, Jesús, porque por tu muerte, la muerte ha perdido su señorío, y todos los que han muerto, viven.

Gracias, Señor, por la luz interior, por las fuerzas nuevas, por la templanza, por el retorno a casa, sin tropiezos, después de tanto recorrer caminos.

Ahora se comprende la verdad de aquello que dijo el profeta, que el huracán viene primero, después el incendio y la tormenta, pero pasan, para sentir mejor el regalo de la brisa suave.

En tiempo de inclemencia, asalta el vértigo, al verse en el abismo. Después que pasa la tormenta y la noche cede su oscuridad, al alba, se goza tu presencia bondadosa, cercana.

Déjame, Señor, grabar en la memoria el ciclo sagrado que acrisola, para saber después que en verdad se ama. Es necesaria la prueba que aquilata el amor, porque de no sufrir la crisis, se ignora si se domina o se ama.

Aunque confieso la evidencia del proceso, lo hago no sin miedo. Ya que cada vez que sucede el trance, pues soy olvidadizo, me quiebro y me hundo en el temor de que esta vez no venga la calma.

¿Acaso quieres, Señor, que avance a tropiezos, que rompa las inercias por caídas, y así aprenda a ser compañero de tu mano tendida, y constate tu cercanía en la prueba?

Solo te pido que no me abata en el tedio, ni me envalentone en la soberbia, que no perezca de orgullo prepotente, ni me domine el sentimiento melancólico, por desconfianza. Que siempre espere a que Tú vuelvas.

Hoy, por la paz que me has dejado gustar, te digo “gracias”. No me invento la experiencia. Quizá éste sea el fruto más preciso, por haber perdido tantas veces la batalla, aunque no la guerra.

Al mirarte resucitado, me descubro que ahora llevo las heridas como trofeos, regalo de tu mirada amable, hecha aceite y vino generoso, hospedaje y posada. ¡Gracias, Señor! Y que sea sincera mi plegaria.

Señor uno y trino, comunidad preciosa de amor infinito, enséñanos a contemplarte en la belleza del universo, donde todo nos habla de ti. Despierta nuestra alabanza y nuestra gratitud por cada ser que has creado. Danos la gracia de sentirnos íntimamente unidos con todo lo que existe (Francisco, *LS 246*).

Dios omnipotente: enséñanos a descubrir el valor de cada cosa, a contemplar admirados, a reconocer que estamos profundamente unidos con todas las criaturas en nuestro camino hacia tu luz infinita. Gracias porque estás con nosotros todos los días. Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha por la justicia, el amor y la paz (Francisco, *LS 246*).

En el deseo de agradecimiento, y con la misericordia de Dios, como diría san Francisco de Asís: “Hoy comienzo”.

Créditos

ÁNGEL MORENO, DE BUENAFUENTE ha publicado en esta colección:

- **A la mesa del Maestro.** *Adoración*
- **Amor saca amor.** *Los siete amores de Dios*
- **Buscando mis amores.** *Lectura sapiencial del Cuarto Evangelio*
- **Desiertos.** *Travesía de la existencia*
- **Eucaristía.** *Plenitud de vida*
- **Habitados por la Palabra.** *Lectura sapiencial*
- **Palabras entrañables.** *Déjate amar*
- **Voz arrodillada.** *Relación esencial*
- **Voy contigo.** *Acompañamiento*

© NARCEA, S. A. DE EDICIONES, 2015
Paseo Imperial 53-55. 28005 Madrid. España
www.narceaediciones.es

ISBN papel: 978-84-277-2119-7
ISBN eBook: 978-84-277-2120-3
ISBN ePub: 978-84-277-2174-6
Depósito legal: M-31.665-2015

Edición digital: **Vorpal Editorial**

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

COLECCIÓN "ESPIRITUALIDAD"

Libros Publicados

AGUADO, A.: *La gracia de hoy. Introducción y selección de M^a J. Segovia.*

ALBAR, L.: *Descenso a las profundidades de Dios.*

ALEGRE, J.: *La luz del silencio, camino de tu paz.*

ÁLVAREZ, E. y P.: *Te ruego que me dispenses. Los ausentes del banquete eucarístico.*

AMEZCUA, C. y GARCÍA, S.: *Oír el silencio. Lo que buscas fuera lo tienes dentro.*

ANGELINI, G.: *Los frutos del Espíritu.*

ASI, E.: *El rostro humano de Dios. La espiritualidad de Nazaret.*

AVENDAÑO, J. M.^a: *La hermosura de lo pequeño.*

– *Dios viene a nuestro encuentro.*

BALLESTER, M.: *Hijos del viento.*

BEA, E.: *Maria Skobtsov. Madre espiritual y víctima del holocausto.*

BEESING, M.^a y otros: *El eneagrama. Un camino hacia el autodescubrimiento.*

BIANCHI, G.: *Otra forma de vivir.*

BOADA, J.: *Fijos los ojos en Jesús.*

– *Mi única nostalgia.*

– *Peregrino del silencio.*

- BOHIGUES, R.: *Una forma de estar en el mundo: Contemplación.*
- BOSCIONE, F.: *Los gestos de Jesús. La comunicación no verbal en los Evangelios.*
- BOYER, M. G.: *Mi casa, el primer lugar de oración.*
- CANOPI, A. M.: *¿Has dicho esto por nosotros?*
- CHENU, B.: *Los discípulos de Emaús.*
- CLÉMENT, O.: *Dios es simpatía.*
- Cucci, G.: *El sabor de la vida La dimensión corporal de la experiencia espiritual.*
- DANIEL-ANGE: *La plenitud de todo: el amor.*
- DOMEK, J.: *Respuestas que liberan.*
- EIZAGUIRRE, J.: *Una vida sobria, honrada y religiosa.*
- ESTRADE, M.: *Shalom Miriam.*
- FERDER, F.: *Palabras hechas amistad.*
- FERNÁNDEZ-PANIAGUA, J.: *Las Bienaventuranzas, una brújula para encontrar el norte.*
- *El lenguaje del amor.*
- FORTE, B.: *La vida como vocación. Alimentar las raíces de la fe.*
- GAGO, J.L.: *Gracias, la última palabra.*
- GHIDELLI, C.: *Quien busca la sabiduría, la encuentra.*
- GÓMEZ, C. (ed.): *El compromiso que nace de la fe.*
- GÓMEZ MOLLEDA, D.: *Amigos fuertes de Dios.*
- *Pedro Poveda, hombre de Dios.*
- *Cristianos en una sociedad laica.*

GRÜN, A.: *Buscar a Jesús en lo cotidiano.*

- *Evangelio y psicología profunda.*
- *La mitad de la vida como tarea es-piritual.*
- *La oración como encuentro.*
- *La salud como tarea espiritual.*
- *Nuestras propias sombras.*
- *Nuestro Dios cercano.*
- *Si aceptas perdonarte, perdonarás.*
- *Su amor sobre nosotros.*
- *Una espiritualidad desde abajo.*

GUTIÉRREZ, A.: *Citados para un encuentro.*

HANNAN, P.: *Tú me sondeas.*

IZUZQUIZA, D.: *Rincones de la ciudad.*

JÄGER, W.: *En busca del sentido de la vida.*

- *Contemplación. Un camino espiritual.*

JOHN DE TAIZÉ: *El Padrenuestro... un itinerario bíblico.*

- *La novedad y el Espíritu.*

JOSSUA, J. P.: *La condición del testigo.*

LAFRANCE, J.: *Cuando oréis decid: Padre...*

- *El poder de la oración.*
- *En oración con María, la madre de Jesús.*
- *El Rosario. Un camino hacia la oración incesante.*

– *La oración del corazón.*

– *Ora a tu Padre.*

LAMBERTENGHI, G.: *La oración, medicina del alma y del cuerpo.*

LOEW, J.: *En la escuela de los grandes orantes.*

LÓPEZ BAEZA, A.: *La oración, aventura apasionante.*

LÓPEZ VILLANUEVA, M.: *La voz, el amigo y el fuego.*

LOUF, A.: *El Espíritu ora en nosotros.*

– *A merced de su gracia.*

– *Mi vida en tus manos.*

– *Escuela de contemplación.*

LUTHE, H. y HICKEY, M.: *Dios nos quiere alegres.*

MANCINI, C.: *Escuchar entre las voces una.*

– *Como un amigo habla a otro amigo.*

MARIO DE CRISTO: *Dios habla en la soledad.*

MARTÍN, F.: *Rezar hoy.*

MARTÍN VELASCO, J.: *Testigos de la experiencia de la fe.*

– *Vivir la fe a la intemperie.*

MARTÍNEZ LOZANO, E.: *El gozo de ser persona.*

– *¿Dios hoy? Creyentes y no creyentes ante un nuevo paradigma.*

– *Donde están las raíces.*

– *Nuestra cara oculta. Integración de la sombra y unificación personal.*

MARTÍNEZ MORENO, I.: *Guía para el camino espiritual. Textos de Ángel Moreno de Buenafuente.*

MARTÍNEZ OCAÑA, E.: *Cuando la Palabra se hace cuerpo... en cuerpo de mujer.*

- *Cuerpo espiritual.*
- *Buscadores de felicidad.*
- *Te llevo en mis entrañas dibujada.*
- *Espiritualidad para un mundo en emergencia.*

MARTINI, C. M.: *Cambiar el corazón.*

- *La llamada de Jesús.*

MATTA EL MESKIN: *Consejos para la oración. Introducción de Jaume Boada.*

MERLOTTI, G.: *El aroma de Dios. Meditaciones sobre la creación.*

MONARI, L.: *La libertad cristiana, don y tarea.*

MONJE DE LA IGLESIA DE ORIENTE, UN: *Amor sin límites.*

MORENO DE BUENAFUENTE, A.: *A la mesa del Maestro. Adoración.*

- *Amor saca amor.*
- *Buscando mis amores.*
- *Como bálsamo en la herida.*
- *Desiertos. Travesía de la existencia.*
- *Eucaristía. Plenitud de vida.*
- *Habitados por la palabra.*
- *Palabras entrañables*
- *Voy contigo. Acompañamiento.*

– *Voz arrodillada. Relación esencial.*

MOROSI, E.: *¿Cuánto falta para que amanezca? La “noche” en nuestra vida.*

OSORO, C.: *Cartas desde la fe.*

– *Siguiendo las huellas de Pedro Poveda.*

PACOT, S.: *Evangelizar lo profundo del corazón.*

– *¡Vuelve a la vida!*

PAGLIA, V.: *De la compasión al compromiso. La parábola del buen samaritano.*

PÉREZ PRIETO, V.: *Con cuerdas de ternura.*

POVEDA, P.: *Amigos fuertes de Dios.*

– *Vivir como los primeros cristianos.*

RAGUIN, Y.: *Plenitud y vacío. El camino zen y Cristo.*

RECONDO, J. M.: *La esperanza es un camino.*

RIDRUEJO, B. M.^a: *La llevaré al silencio.*

RODENAS, E.: *Thomas Merton, el hombre y su vida interior.*

Rodríguez Madariaga, Óscar A.: *Sin ética no hay desarrollo.*

RUPP, J.: *Dios compañero en la danza de la vida.*

SAINT-ARNAUD, J.-G.: *¿Dónde me quieres llevar, Señor?*

SAMMARTANO, N.: *Nosotros somos testigos.*

SaoÛt, Y.: *Fui extranjero y me acogiste.*

SEGOVIA, M.^a J.: *La gracia de hoy.*

SEQUERI, P. A.: *Sacramentos, signos de gracia.*

SOLER, J. M.: *Kyrie. El rostro de Dios amor.*

STUTZ, P.: *Las raíces de mi vida.*

TEPEDINO, A. M.^a: *Las discípulas de Jesús.*

TOLIN, A.: *De la montaña al llano.*

TRIVIÑO, M.^a V.: *La oración de intersección.*

URBIETA, J. R.: *Treinta gotas de Evangelio.*

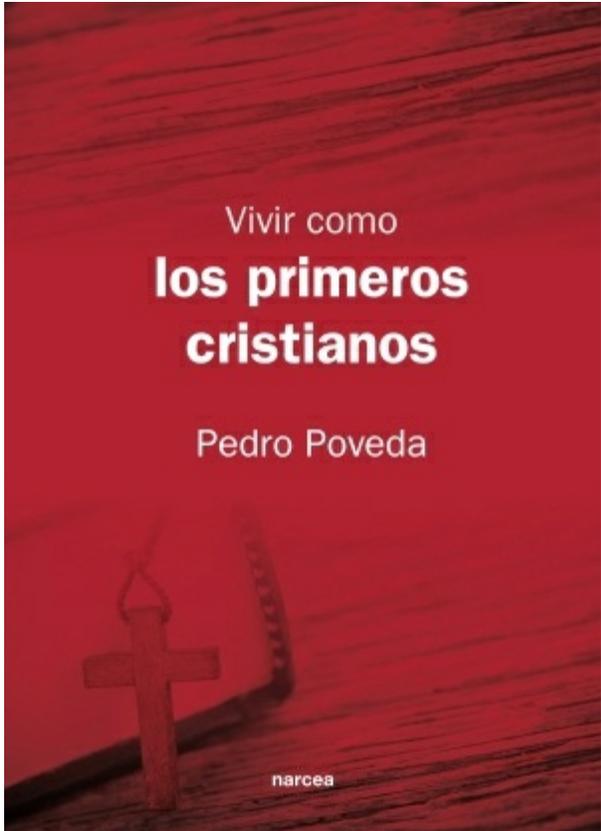
VAL, M.^a T.: *Orantes desde el amanecer.*

VEGA, M.: *Contemplación y Psicología.*

VILAR, E.: *La oración de contemplación en la vida normal de un cristiano.*

WOLF, N.: *Siete pilares para la felicidad.*

ZUERCHER, S.: *La espiritualidad del eneagrama.*



Vivir como los primeros cristianos

Poveda, Pedro

9788427721456

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dentro de la obra espiritual de san Pedro Poveda, "Vivir como los primeros cristianos" recoge uno de los aspectos fundamentales de su pensamiento: la vuelta a la vocación arrolladora de los hombres y mujeres de la primitiva Iglesia que fueron capaces de cambiar la historia con el testimonio de una fe vivida en la entraña del mundo hecha aliento, levadura y sal.

Los pensamientos, entresacados de su amplia producción literaria, nos ofrecen, como en pinceladas, las características propias del cristiano que quiere ser un verdadero seguidor de Jesús y un atento servidor de los que le rodean. Fe, tolerancia, alegría, humildad, oración, audacia, seguimiento..., van apareciendo a través de las páginas de este libro con esa contundencia y el convencimiento tan característicos de su autor que mueven a tomar en serio a ejemplo de los primeros cristianos, la vida cotidiana.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Como bálsamo en la herida	2
ÍNDICE	4
INTRODUCCIÓN	7
ANOTACIONES	9
LAS HERIDAS DEL CAMINO	11
EL BUEN SAMARITANO	39
LA POSADA SAMARITANA	53
EL BÁLSAMO QUE CURA	73
UNGIDOS	103
Créditos	112